

habian reemplazado á las antiguas dueñas de la reina y de las infantas.

Desempeñaban las mismas funciones.

Tenian el mismo carácter.

Se usaba de ellas de la misma manera.

Eran, en una palabra, dueñas, á las que se habia cambiado el nombre.

Ya sabemos lo que eran las dueñas.

Se las destinaba á guardar casadas y doncellas, y por consecuencia, los enamorados de doncellas y casadas se valian de ellas.

Aurora comprendió que podria servirse de doña Inés de Vives.

Y como la ira y la sed de venganza contra el rey fermentaban más y más, y se hacian más y más terribles en el corazon de Aurora, llegó un momento en que esta no pudo contener ya el impulso de su venganza, y empezó á ponerlo en ejecucion.

Aurora no habia visto al rey desde la noche funesta en que habia cenado con él en la Casita Blanca del Bosque.

Parecia como que Luis I evitaba cuidadosamente el encontrarse con Aurora.

A más de esto, el cuarto de la reina madre en palacio estaba muy apartado, tanto del cuarto del rey como del de la reina Luisa Isabel.

No habia habido ninguna solemnidad de esas que reunen toda la córte.

Una noche, Aurora, que dormia en la misma alcoba que su tutora doña Inés de Vives, la dijo:

—¿Sabeis, doña Inés, que no puedo dormir, que sufro mucho?

—¿Y por qué eso, doña Aurora?—preguntó solícitamente la azafata

—Porque soy muy desgraciada,—exclamó Aurora con la voz conmovida.

—¿Que sois desgraciada vos?—exclamó doña Inés.—¿Que sufris, acaso por la desastrosa muerte de vuestro señor padre? ¿Y qué hemos de hacerle, señora? Es necesario resignarse con la voluntad de Dios.

—Indudablemente, la muerte de mi buen padre me desespera,—dijo Aurora,—y el no haberse averiguado quién haya sido su asesino; pero aparte de eso, hay algo que determina de una manera terrible mi desventura. Yo me acuso de no haber sido franca con vos, señora. Yo he guardado el secreto de mi alma, y no puedo guardarle más, porque necesito vuestro consejo y vuestra proteccion.

—¿Y qué secreto es ese, doña Aurora?—dijo siempre zalamera y siempre servil doña Inés de Vives.

—Yo estoy enamorada, señora.

—Pues eso no era para mí un secreto,—dijo doña Inés.

—¿Cómo!—exclamó Aurora, creyendo que el rey se hubiese puesto en inteligencia con la azafata.—¿Sabeis?...

—No, yo no sé nada; pero hay cosas que no pueden ocultarse, y una de ellas es el amor. Vuestra me-

lancolia me lo ha dicho bien claramente; pero yo, como debia, he sido discreta.

—¿Es decir, que nada os ha dicho él?

—¿Y quién es él?—preguntó siempre dulce la azafata.

—El rey.

—¡Cómo!—dijo doña Inés, incorporándose vivamente en su lecho.—¿Vos, señora, amais al rey?

—Sí, amo al rey, y el rey me ama, si he de creer las palabras y los juramentos de su majestad.

—¿Pero de qué rey se trata?—dijo la azafata.—¿Del rey padre ó del rey hijo?

—Del rey de España, señora, del rey jóven.

—¡Ah!—exclamó doña Inés.

—Sí, el rey don Luis es mi amante,—dijo Aurora,—y debo ser franca y confesároslo todo. Yo estoy gravemente comprometida, y es necesario que el rey lo sepa. Yo soy madre, y muy pronto esto no podrá ocultarse.

Y Aurora se echó á llorar.

La situacion en que se encontraba justificaba su llanto, y su llanto además servia para ocultar sus terribles proyectos.

—¿Y lo sabe esto su majestad la reina madre?—dijo fuertemente preocupada doña Inés.

—No,—dijo Aurora.—La reina madre no lo sabe, ni hay necesidad de que lo sepa; esto debe quedarse entre vos, el rey y yo; su majestad encontrará un medio; vos quedareis á cubierto, y su majestad de una parte y yo de otra, os lo agradeceremos mucho.

—Y bien, para mí es una honra,—dijo doña Inés,—el servir en una cuestión tan trascendental al rey mi señor, y además me intereso tanto por vos, doña Aurora, os amo tanto, que ni puedo ni quiero negarme á ayudaros.

—Pues bien, señora, yo creo que vos podreis hacer llegar muy fácilmente una carta mia á su majestad.

—Pues por supuesto.

—Además,—dijo Aurora,—yo os indicaré un medio seguro, del que yo no puedo valerme directamente. ¿Vos conocéis á Pedro Cascajares?

—¡Oh! mucho, muchísimo,—dijo la azafata.

—Pues bien,—replicó Aurora,—Pedro Cascajares se encargará con alegría de llevar al rey la carta que yo escriba.

—Pues esto puede ser cuanto antes,—dijo la azafata;—hoy mismo, á las ocho de la mañana, estará Cascajares en las cocinas, y á las nueve y media llevará como de costumbre el chocolate al rey; podemos aprovechar esta ocasion.

Doña Inés no podia ser más servicial.

Ni aun se la habia pasado por las mientes mostrarse severa con su pupila.

Y en verdad, ¿qué tenia que ver ella con aquello?

Aquello habia tenido lugar antes de su reinado.

Ella habia guardado bien á Aurora, y en todo caso, su responsabilidad estaria siempre salvada por una cuestión de fecha.

Aurora se levantó, y escribió la carta siguiente:

«Mi adorado rey y señor: Yo muero de desespe-

ración; vos os habeis olvidado de mí, ó tal vez, y esto lo creo mejor, vos temeis que yo os aborrezca, y evitais verme. ¡Ah, no, no! yo os amo, os amo con toda mi alma, no puedo dejar de amaros; haced que nos veamos; señor, mirad que agonize: no tengais inconveniente alguno; mi tutora se siente honrada y feliz sirviendo á vuestra majestad; venid, venid, que yo os vea cuanto antes.

Vuestra esclava,—LA MARQUESA DE BUENA ESPERANZA.»

Aquella mañana á las nueve y media, el rey, que andaba hacia algunos dias triste y cejijunto, se encontró con un guiño de Cascajares cuando éste le servia el chocolate, y comprendió que Cascajares tenia algo que decirle.

El rey y el oficial mayor de las cocinas se entendian perfectamente.

Un gesto del rey, del que nadie pudo apercibirse, indicó á Cascajares que se podia escurrir al retirarse en la cámara por la puerta de servicio.

El rey le encontró allí.

—¡Ah! Excelente noticia, señor,—exclamó Cascajares.

—¿Qué noticia?

—Doña Inés de Vives me ha llamado.

—¡Ah! La azafata más vieja y más retrechera de mi señora madrastra la reina doña Isabel,—dijo el rey;—la tutora de la marquesa de Buena Esperanza.

¿Se trata de ella?

—En efecto, señor; esta mañana una doncella de

doña Inés ha bajado á las cocinas, y me ha dicho que para un asunto de interés gravísimo su señora necesitaba hablarme. Subí al momento, porque me dió algo bueno en la nariz, señor. En efecto; doña Inés, con grandes salvedades y grandes protestas, me dió esta carta de su excelencia para vuestra majestad.

—¡Asesino! ¿Y no me has dado inmediatamente esa carta?—dijo el rey apoderándose de ella con ansia.

—Era necesario preparar á vuestra majestad, señor,—dijo Cascajares.

Pero el rey no habia oido ya estas palabras; devoraba el contenido de la carta.

—Entiéndete con doña Inés,—dijo el rey;—entiéndete hoy mismo; es necesario ver el modo de que esta noche vea yo secretamente, sin que nadie se aperciba de ello, á la marquesa.

—La verá vuestra majestad, señor.

En efecto; aquella noche á las doce subian por la escalerilla de la portería de damas dos hombres á tientas envueltos en la oscuridad, y sin producir el más leve ruido.

Eran el rey y Cascajares.

Poco despues el rey estaba al lado de Aurora.

Capítulo LXI.

A costa de cuántas infames intrigas, de cuántos crímenes y de cuántos remordimientos, puede llegarse á la posesion de una corona.

Pasó el tiempo.

Isabel Farnesio veía con placer que su intriga marchaba lógicamente.

No habia tenido necesidad de otra cosa que de prepararla.

Ella se desarrollaba por sí misma.

Isabel Farnesio sabia que todas las noches el rey veía á Aurora en el cuarto de la azafata doña Inés de Vives.

Esta madre, que usaba de tal manera de su hija, de la hija de su amor, de la representante de su culpa, no podia ser más infame ni más repugnante.

¡Pero á qué infamia no se atreve, sobre qué repugnancia no pasa la ambicion!

El rey parecia feliz.

En efecto, lo era.

Aurora le engañaba.

Le hacia gozar un amor delirante, inmenso.

Un amor que debia ser un asesinato.

Hechicero, envidiable.

Ya sabemos que la salud del rey era muy delicada.

La pasion de Aurora, su pasion propia, debian matarle.

Habia, sin embargo, una nube oscura en la felicidad de Luis I, y esta nube era la conducta de la reina.

Poseedor de Aurora, el desordenado jóven empezaba á sentir un empeño mortal por la reina, que era para él una dificultad de dia en dia más invencible.

La reina era la esposa de Luis I, pero no su mujer.

Por otra parte, Luisa Isabel habia acrecido en sus extravagancias, en sus inconveniencias, en sus ligerezas.

Toda la córte reparaba en ello.

El rey no podia ménos de apercibirse.

Luisa Isabel se ponía en ridículo.

Nada podia probarse contra ella.

Ninguno podia jactarse de ser favorecido por la reina.

Y sin embargo, la austera y quisquillosa sociedad de la corte suponía.

¿Qué suponía?

No pasaba de suponer.

No concretaba ningún hecho.

Pero estas suposiciones vagas, que no llegaban á determinar una acusación, eran altamente ofensivas al decoro del rey y de la reina.

Esta era la venganza de Luisa Isabel por la muerte del conde de Pino Rey.

La mitad de la venganza.

Como ya hemos dicho, el rey, amante de Aurora, que se vengaba á la par de él engañándole, haciéndole creer con una astucia infernal en una pasión que no sentía, el rey, repetimos, vencida la dificultad de Aurora, creyéndose adorado por ella, se volvió hácia la reina, enamorado por una belleza que no poseía, incitado por una dificultad que no podía vencer.

Entre los reales esposos había con frecuencia escenas, que la reina terminaba siempre mostrando al rey el funesto collar de perlas.

Aquel collar, del que nunca se desprendía y que mantenía en ella vivo el amor y el dolor por el conde de Pino Rey.

Luis I se desesperaba, se obstinaba, y la reina continuaba desdeñándole, y continuando en sus ligerezas, que escandalizaban á todo el mundo.

Al fin el rey se irritó.

Al fin comprendió que era necesario poner coto á las extravagancias de la reina.

Estravagancias que, ya lo hemos indicado bastante, eran gravemente intencionadas.

La camarera mayor, condesa de Altamira, acribillaba al rey á quejas, á causa de la conducta de la reina.

Luisa Isabel se iba sola en carroza con sus camaristas, sin escolta, y muchas veces sin caballeros, al Prado y al Retiro.

Allí ella y sus camaristas echaban pié á tierra, y la reina se dejaba acompañar por galanteadores de alto coturno, á los cuales no concedía nada, pero que lo esperaban todo.

Muchas veces se veía á Luisa Isabel danzando sobre la yerba, á la sombra de los árboles con sus damas, merendando otras con los manteles por tierra, loqueando, charlando, riendo.

Al fin el rey no pudo contenerse.

El mismo Felipe V había creído debía intervenir.

Felipe V no había abdicado más que en la apariencia, y por lo que le convenia, y seguía gobernando bajo el nombre de su hijo, lo que hacia decir al diplomático francés mariscal de Tessé, que en España había dos reyes.

Luis I no pudo excusarse ya de ser severo.

En esta situación, escribió la siguiente carta á la camarera mayor:

«Viendo que la conducta poco comedida de la reina es muy perjudicial á su salud y daña á su augusto carácter, he tratado de vencerla con amistosas reconvenciones. Deseoso de verla corregida, he su-

plicado á mi virtuoso padre la reprendiera con la mayor severidad; pero no advirtiéndole cambio alguno en su conducta, he decidido, usando de mi poder, que no duerma esta noche en el palacio de Madrid. En su virtud, os mando, del mismo modo que á las personas elegidas para este caso, que cuiden de prepararlo todo, á fin de que se halle bien hospedada en el lugar asignado, y que no corra ningun peligro su preciosa salud.»

Esta carta tenia la fecha de 4 de Junio de 1724.

Aquella tarde la reina, que ignoraba todo esto y habia salido como de costumbre, se encontró detenida por el mayordomo mayor, que seguido de una escolta de guardias de corps, se acercó á la carroza y la intimó la orden que tenia de llevarla al Alcázar.

—¿Y quién manda eso? preguntó con altivez la reina?

—*El rey lo manda,*—contestó con firmeza el mayordomo mayor.

—*Al Buen Retiro,*—exclamó irritada la reina.

El mayordomo mayor insistió.

Se dió un escándalo.

Pero la palabra «el rey lo manda» lo dominó todo.

La reina fué conducida al Alcázar viejo.

Esta prision hizo murmurar á la córte, no sabemos con cuánta acritud.

Para los unos el rey se habia excedido.

Para los otros habia andado blando.

Decian de una parte que la juventud de la reina y las costumbres francesas la disculpaban.

De la otra se calificaba la conducta de Luisa Isabel de una manera dura, y aun se hablaba de adulterio.

¿Pero quién era el cómplice de la reina?

No se sabia.

A propósito de esto, se recordaba, no sabemos con cuán poca caridad, el asesinato del conde de Pino Rey, cuyo cadáver se habia encontrado á una distancia no mayor que la de dos tiros de fusil del palacio del Pardo, en ocasion en que estaban los reyes.

Recordaban asimismo algunos aquel collar dado por la reina en las fiestas reales al conde de Pino Rey.

Estas murmuraciones nacia secretamente en la cámara de la reina madre, y hábiles instrumentos las esparcian.

Así se conocen y se divulgan muchos de los secretos de los palacios, que las gentes de buena fe no creen calumnias, porque no comprenden cómo han podido saberse.

¿Se puede decir sin un reconocimiento á qué profundidad está en la tierra el origen de un manantial?

La reina, que habia provocado esta prision por las razones que ya hemos expresado, hizo cuanto pudo para que no se la sacase de ella.

Pero el rey se ablandó y la puso en libertad, y la volvió á su lado despues de una severa amonestacion de Felipe V.

La reina se vió obligada á pedir perdon al rey, que creyó que al fin la reduciría.

Sin embargo, no tardaron en repetirse las excentricidades de Luisa Isabel, y llegaron hasta tal punto, que gravemente irritados los dos reyes, padre é hijo, decretaron la formal reclusion de la reina, que fué conducida al convento de la Encarnacion.

En tal estado de enojo habian quedado el rey y la reina, que ni se veian ni se entendian.

La reina habia acabado por decir que no queria junto á si servidumbre alguna de palacio, porque esto la recordaba el rey y la hacia sufrir.

Se desatendió este extraño deseo de la reina; pero como fuesen maltratadas por ella de obra y de palabra las damas, las camaristas, las azafatas, y aun las mozas de retrete que en el convento la servian, se creyó que la reina estaba loca, y para evitar lo que se llamaba sus accesos de furor, se la dejó hacer su gusto, y se la redujo, obedeciendo su voluntad, al solo servicio de una lega.

Un dia la reina madre recibió el siguiente billete de Luisa Isabel:

«Venid, señora, yo os suplico; vuestra presencia será para mí un gran consuelo.—Vuestra amantísima hija, LUISA ISABEL.»

Acudió al momento Isabel Farnesio, y como para las reinas de España, por privilegio especial, no existia clausura en los conventos de monjas, la reina madre llegó hasta la celda en que estaba Luisa Isabel, y se quedó sola con ella.

La reina la reveló el estado en que se encontraba, estado que no permitiría bien pronto, sin escándalo, su permanencia en el convento.

La reveló sus amores con el conde de Pino Rey.

Lloró, se desconsoló, suplicó.

La reina madre se fué á hablar con la superiora, y esta pobre y sencilla religiosa oyó avergonzándose la revelacion que la hizo Isabel Farnesio.

Era necesario sacar secretamente del convento á la reina, y que el rey y todo el mundo creyesen que permanecía en él.

Pero la superiora no tenia autoridad bastante para esto.

Fué necesario acudir al prelado de la órden, á quien la misma Isabel Farnesio habló.

En fin, una noche muy tarde la reina fué sacada del convento secretamente, y metida en una carroza, que salió poco despues por la que luego fué puerta de San Vicente, y tomó el camino del Pardo.

En aquella carroza, acompañando á Luisa Isabel, iba Isabel Farnesio.

Pasó algun tiempo.

Sobrevino una nueva desaparicion.

La de palacio de la marquesa de Buena Esperanza.

Un dia la azafata doña Inés de Vives, su tutora, dió parte á Isabel Farnesio de que su pupila habia desaparecido sin dejar señal alguna tras sí.

Se la buscó, y no se la encontró.

Doña Isabel Farnesio se guardó muy bien de pre-

guntar su paradero á quien estaba segura que lo sabia.

Esto es, al rey jóven.

Dejó correr los sucesos.

La terrible intriga que habia puesto en accion la reina madre, se desarrollaba en la sombra.

Pasaron dias, semanas, meses.

Llegó el 31 de Agosto de 1724.

El cañon, haciendo salva, y todas las campanas de las parroquias y monasterios de Madrid, anunciaron á los madrileños que el rey don Luis el I, que habia padecido de viruelas doce dias antes, habia muerto.

El sentimiento fué general.

Se estimaba al jóven rey por su gentileza, por su buen trato y por lo apegado que estaba á las costumbres españolas.

Todos vieron en esta muerte prematura un misterio, y se atribuyó esta muerte á un envenenamiento.

Hé aquí lo que acerca de ella dice un escritor contemporáneo:

«Es cierto que tuvo viruelas, pero estaba ya libre de todo riesgo. Dicen que el médico Servi, parmesano, de acuerdo con la Laura, ama de leche de la reina (esta reina era Isabel Farnesio), del marqués de Scotti, enviado de Roma, y de don Domingo Guerra, confesor de la reina, dió al jóven rey cierta bebida, de la cual le resultó la calentura y la muerte en tres dias, y que de que se embalsamó, los médicos conocieron que el veneno que se le habia dado era tan violento, que no pudieron con el cuerpo, y



el principal de ellos que hizo la operacion estuvo muy enfermo y á pique de perder ambas manos con que tocó á las partes en que el veneno habia obrado: así lo han repetido muchas veces el doctor don Juan Plantanca, canónigo de la santa Iglesia de Palermo, y don José Caracholi, presbitero tambien de Palermo, que eran teólogos del rey don Felipe V, con quien su majestad consultaba en las materias de conciencia, como en las de Estado y gobierno.»

Pero estas eran suposiciones, calumnias, que sujeria á algunos el conocimiento del estado de la politica en aquellos tiempos.

Se conocia la ambicion de Isabel Farnesio, y como ella influia de una manera decidida sobre Felipe V y mantenia á su lado una nube de parmesanos adictos á ella, se supuso lo del veneno administrado por el doctor Servi.

Pero la muerte del rey reconocia otro origen, como veremos muy pronto.

Quince dias despues de la muerte del rey, la reina recibió la siguiente carta, que le entregó de una manera misteriosa Cascajares.

«Madre mia, ser vuestra hija ha sido para mí mi primera y mi mayor desgracia.

Vuestra ambicion me ha perdido.

Por ella Jacinto me ha traído á la córte de España.

Por mi venida á la córte de España, conocí al que no he podido olvidar, al que voy á buscar, pasando por la tumba.

Al conde de Pino Rey.

¿Quién le mató?

Una venganza del rey.

Era necesario que yo á mi vez me vengase del hombre que me habia causado al mismo tiempo una doble herida mortal, cometiendo conmigo una infamia que hacia imposible mi casamiento con mi amado, y haciéndole asesinar á él.

Esto sucedia en una misma noche.

Tal vez en un mismo momento.

Vos sabeis cuánto he sufrido, señora.

Yo era ya amante del conde cuando el rey, sin mi voluntad, sin que yo pudiese defenderme, me hizo suya por una villanía.

Yo ansié vengarme por esto solo del rey.

Cuando yo, en vuestra servidumbre, supe que el conde de Pino Rey habia sido asesinado, me bastó saber el dia y el lugar en que se descubrió su cadáver, para no dudar que el asesino era el rey.

Entonces tuve una doble razon de venganza.

El rey me amaba.

Su amor rayaba en la locura.

Yo le recibia todas las noches en el aposento de mi tutora doña Inés de Vives.

Yo mentia.

Yo le hacia gozar un amor delirante.

Un amor del infierno.

El amor de mi venganza.

Yo queria que mi amor le abrasase las entrañas, le matase.

Pero mi amor era para él la vida.

Mi amor le hacia feliz.

Y mi amor era para mí la degradacion, la humillacion, la rabia.

Era necesario concluir.

Preguntad á Cascajares quién ha dado al marqués de Scotti y á Laura, vuestra ama de leche, el oro á torrentes para que se pague al médico Servi.

Yo, por medio de él, de Cascajares, el asesino.

Os ha sorprendido la muerte de mi real amante.

Vos no la esperábais de la manera que ha sido.

A vos os estremece el pensar que los que conocen vuestra política os hagan cargo de esa muerte.

Vos debéis tener la conciencia tranquila, señora.

Vos no podíais creer que yo aprovecharia la primera enfermedad del rey para vengarme.

Un médico es el envenenador más fácil.

Yo no hubiera envenenado nunca al rey por mi mano.

Yo puedo sentenciar, y he sentenciado en nombre de mi venganza.

Pero yo no debia descender hasta la situacion de verdugo.

En fin, el rey Luis I ha muerto.

Felipe V ha vuelto á ser el rey de España.

Y esto á pesar de su repugnancia.

La muerte de Luis I ha colocado al señor rey don Felipe V en una situacion excesivamente difícil.

Su hijo segundo, el infante don Fernando, sólo

cuenta once años, y haria necesaria una regencia, que España repugna.

La situacion del rey es tambien excesivamente critica.

El Congreso de Cambray se ocupa de la paz general.

Urge que esté inmediatamente ocupado el trono de España.

El testamento del rey Luis llama á él á su padre.

Hace necesario esto además y la conveniencia pública.

Es cierto que existe una abdicacion solemne, un voto espontáneo de Felipe V de no volver á ceñir la corona, y él lo repugna tambien, porque su mirada está fija en la corona de Francia.

Vos, señora, el ministro marqués de Grimaldi, el enviado de Francia mariscal de Tessé y el nuncio de Su Santidad, le compeleis á que ocupe otra vez el trono.

A esto se oponen los secretarios Mirabal y Orendain.

El padre Bermudez, confesor del rey, tan pronto le dice que pecará mortalmente no tomando la corona, como vacila en su consejo, segun las inspiraciones que recibe de Mirabal.

Inmediatamente despues de la muerte de su hijo, caliente aún su cadáver, se trasladó del Pardo á Madrid, y consultó al Consejo real, y una junta de seis teólogos, caracterizados bajo la presidencia del religioso francisco fray José Garcia, electo obispo de Málaga.

¿Y cuál ha sido la respuesta del Consejo real?

Que en observancia de las leyes del reino, el señor don Felipe V debía volver á ocupar el trono de las Españas; que la sucesion del infante don Fernando no podia tener lugar sin segunda renuncia, desnudándose su majestad de la corona para trasferirla al infante, lo cual no podia suceder si antes no tomaba otra vez posesion de ella.

¿Y qué respondió la junta de teólogos?

Que el voto hecho por el rey de no volver á ceñir la corona no le obligaba por recaer en materia ilícita, segun lo enseñaban la teología y la razon natural, y que en conciencia estaba obligado á tomar el gobierno y regencia de la monarquía, valiéndose de las personas más competentes para el más acertado despacho de los negocios.

Felipe V, sin embargo, no se ha rendido.

Ha vuelto á consultar en 5 de Setiembre al Consejo real, encargándole respondiese clara y categóricamente sobre los tres puntos siguientes:

Primero. Si el rey no podrá ser administrador y regente de la monarquía sin ser rey propietario y tener el dominio de la corona.

Segundo. Si se perjudicaria al infante don Fernando en no declararle desde luego rey, y jurarle sólo de príncipe.

Tercero. Si gobernando el rey con el título de gobernador, sin el de monarca, podrá excluir á los tutores ya nombrados y elegir otros en su lugar.

A esto respondió el Consejo el dia siguiente:

«Confirmando en los términos más explícitos su anterior dictámen, de que el señor don Felipe V no debía ni podía administrar el reino de otro modo que con el título de rey; que al infante don Fernando no se le perjudicaba, antes bien, se le favorecía, declarándole inmediato sucesor, por quien correspondía, librándole de tutelas y gobernadores; que siendo su majestad sólo regente, no podría excluir á los tutores ya nombrados y elegir otros, porque si la renuncia existía, no podría ser ni rey, ni gobernador, ni regente, puesto que todos los derechos los había transmitido al infante.»

Y además, sobre todas estas razones, añadía el Consejo real:

«Y últimamente, señor, en todos los puntos que conducen al importantísimo fin de que vuestra majestad reine, nunca pudiera haber dificultades que no las superase la suprema ley *que intima el que prevalezca la salud pública del reino.*»

La junta de teólogos, de nuevo consultada, había reiterado su parecer, diciendo:

«Que no obstante el voto que su majestad hizo de renunciar la corona y al gobierno para no volver á resumirle, tiene obligacion grave de bajo de pecado mortal á tomar el gobierno y regencia del reino, no habiendo considerado la junta que en vuestra majestad hay igual obligacion á tomar la corona, porque discurre gravísimos inconvenientes, y que vuestra majestad no entra en el gobierno ó regencia lo que si discurre el no volver á la corona.—Asimismo, y

por la misma razon que, sin embargo del voto, tiene vuestra majestad obligacion de tomar el gobierno, juzga la junta que tambien vuestra majestad tiene obligacion de valerse de aquellos medios que sean más eficaces para el breve y fácil expediente de los negocios.»

El señor rey don Felipe V se ha visto obligado á ceder contra toda su voluntad al voto de su reino, y ha aceptado de nuevo por el decreto de 4 de Setiembre la corona, y ha convocado Córtes para jurar príncipe de Astúrias al infante don Fernando.

Ya veis, señora, que yo he seguido paso á paso la política de estos últimos tiempos.

Pero esta política no hubiera podido tener lugar si yo no hubiera tenido necesidad de vengarme.

Yo os he servido bien, señora; sois reina de nuevo.

Un acto solemne obligará otra vez al señor rey don Felipe V á renunciar á todos los derechos que por la muerte del rey Luis XV pudieran llamarle á la corona de Francia.

España gana en tener á su frente á un rey como el señor don Felipe V, en vez de estar entregada á las ambiciones y á las eventualidades de una larga minoría.

Todo esto se debe á mi desesperacion.

Vos no os hubiérais atrevido á hacer lo que yo he hecho.

Pero despues de lo que he hecho, yo no me atrevo á vivir.»

Suspendió Isabel Farnesio la lectura de esta terrible carta.

Se la habian nublado los ojos, y se habia cubierto de sudor frio.

Amaba, á pesar de todo, á aquella hija de su amor.

Habia usado de ella.

Habia contado con seguridad sobre el resultado de su intriga.

Habia matado por consecuencia de esta intriga á Luis I.

Pero no habia creido nunca que la marquesa de Buena-Esperanza terminase esta obra con su propia tragedia.

No habia adivinado hasta qué terrible punto llegaba el carácter de su hija.

Era necesario, sin embargo, concluir la lectura de aquella funesta carta.

La reina hizo un esfuerzo, y siguió:

«Yo he nacido sin duda bajo una maldicion; mi vida ha sido una sucesion de contrariedades, y no he amado sino para experimentar la más horrible de las desgracias.

»Yo soy madre, y no sé si el hijo que nacerá proviene del rey ó del conde de Pino Rey.

»Yo he sido víctima, de una parte de la debilidad de mi corazon, y de la otra de una infamia.

»Ese hijo no nacerá, señora.

»Morirá con su madre, porque yo no quiero darle á luz para que sea tan desgraciado como su madre

lo ha sido, como su pobre madre, que no puede dejarle por herencia más que una maldición.

«Cuando vuestra majestad lea esta carta, señora, él y yo habremos fallecido.

»La misma bebida que ha matado á Luis I, corroerá ya mis entrañas.»

—¡Horrible!—exclamó la pamesana.

Y su corazón se comprimió, y sus ojos se llenaron de lágrimas, y se sintió morir.

El remordimiento, un remordimiento tan voraz como el veneno que habia matado á Luis I y á Aurora, se hacia sentir en ella.

«El señor don Felipe V,—continuaba la carta,—no puede ser ya rey de Francia.

»Vos sois la reina de España, la reina de hecho, lo que nó hubiérais sido siendo reina de Francia.

»Sed, pues, feliz, señora, y amad siempre mi memoria, porque yo os he servido bien.

»De esta vuestra casa, calle de los Remedios, frente al convento de la Merced.—LA MARQUESA DE BUENA ESPERANZA.»

La reina sabia, pues, ya dónde se habia ocultado Aurora, y corrió, voló á aquella casa.

Pero llegó tarde.

Llegó en el momento en que se ocupaban en amortajar á Aurora.

El corazón de la madre pudo más que la ambición de la reina, y se arrojó sobre aquel cadáver livido y le cubrió de besos y lágrimas.

Nadie extrañó esto.

Nadie comprendió sino como un lenguaje figurado las palabras *hija de mi alma* que se escaparon del corazón de Isabel Farnesio, cuando se arrojó sobre el cadáver de Aurora.

Todos sabían en la corte que la reina Isabel Farnesio había amado mucho á su camarista la marquesa de Buena Esperanza.

Capítulo LXII.

De como un mandato puede hacer feliz á un hombre
y á una mujer.

La historia que hemos relatado á nuestros lectores en los capítulos precedentes, y que podría titularse el «Precio de una corona,» no la pudo contar Margarita al conde de la Salmedina.

Pero como esta era la historia de donde provenia su madre, nuestros lectores no podrian comprender bien en toda su importancia la conversacion que tuvo lugar entre Margarita y el conde de la Salmedina en la recámara del cuarto del jefe de parada del palacio del Pardo, si no les hubiéramos referido la anterior historia.

Tenemos que hacer aún, antes de llegar al punto en que suspendimos la marcha de nuestro drama, algunas aclaraciones.

Habia en la córte de Felipe V, unido al enviado

de Francia mariscal de Tessé, un gentil hombre, de antecedentes problemáticos, que se llamaba Godofredo de De Armagnac, y que aparecía muy jóven, á pesar de la importancia que se le concedía, visto el aprecio que hacia de él el mariscal de Tessé.

Este jóven, cuya edad no podia marcarse; que por su aspecto sólo se le hubieran atribuido diez y ocho años, tenia ya la gravedad de la edad madura; aparecía hombre de mundo, y por su conversacion revelaba un gran trato de gentes.

Ya le hemos conocido en su edad avanzada.

Ya le hemos visto mezclado en altas conspiraciones, interesado grandemente por Margarita, y cayendo en el monte del Pardo bajo la espada del conde de la Salmedina.

Le hemos visto tambien presidiendo una misteriosa junta de una sociedad secreta, interrogando al conde y sujetándole solemnemente á un juramento.

Tenemos al fin en él á un personaje de todo punto misterioso, francmason ó jesuita, ó ambas cosas á la par, interviniendo en la política de los tiempos de Carlos III.

A pesar de que hablaba correctamente el español y correctamente el francés, y aun á pesar de su apellido francés, Godofredo De Armagnac dejaba sentir cuando hablaba un marcadisimo acento italiano.

Ocupaba en la córte el empleo de caballero de la reina Isabel Farnesio, que le trataba con una extremada predileccion.

Estaba además en la confianza de todas las personas de la corte á quienes Isabel Farnesio concedía su confianza.

Particularmente el mariscal de Tessé le distinguía, y aun podía decirse que no se pasaba bien sin él.

De Armagnac, á pesar de su juventud, era extremadamente grave, y observaba una conducta irreprochable.

Tenia el don de sostener la conversacion más espinosa, sin chocar con nadie, sin contradecir la opinion de nadie, sin pretender que su opinion prevaleciese.

Era contenido y dulce en sus palabras, y sus discursos tenían una dulce y persuasiva elocuencia.

No murmuraba jamás de nada, ni acogía las murmuraciones de los otros.

No discutía jamás, pero jamás tampoco emitía su dictámen.

Vivia en medio del mundo, aislado de las cosas del mundo, y se hacía estimar de todos.

Agradaba á las mujeres porque era hermoso, inteligente y distinguido; pero él, sin ofender nunca la vanidad de las mujeres, sabía andar entre ellas sin galantearlas ni aprovecharse del prestigio que sobre ellas tenía.

Era, en fin, un ser excepcional, en que había, por decirlo así, algo de inmóvil.

Acababa de levantarse un dia el caballero De Ar-

Armagnac, que así se le llamaba entonces, cuando un ayuda de cámara le dió un pliego, diciéndole:

—Esto han traído de palacio para el señor.

Abrió De Armagnac el pliego, y vió que era una comunicacion de la camarera mayor de la reina, en que se le decia que la reina le habia concedido para aquel dia á la una la audiencia que habia solicitado.

El no habia solicitado la audiencia; pero la concesion llenaba una fórmula, y en el fondo queria decir:

«Venid: tengo que hablaros.»

De Armagnac acudió á la cita, que tal podia llamarse, á la hora indicada, y fué recibido inmediatamente en audiencia particular.

—De Armagnac,—le dijo la reina,—montad á caballo inmediatamente, é id á esperar órdenes al palacio del Pardo; pero no lleveis uniforme ni correo: id simplemente con un criado vuestro, como un particular, ni más ni menos; aposentaos en la hostería de los Monteros de Espinosa; os prevengo que desde el Pardo emprendereis un largo viaje; pero no os despidais de nadie: importa que no se conozca que vais á desempeñar una comision secreta, que es, debeis saberlo, porque sois hombre de confianza, un secreto de Estado: id, De Armagnac, y no perdais tiempo.

—A los reales piés de vuestra majestad, señora,—dijo De Armagnac,—que como ya hemos dicho, era hombre de muy pocas palabras.

Nuestro grave jóven besó la mano á la reina y salió.

Teniendo presente lo que don Quijote aconseja para los viajes, hizo llenar su maleta de ropa blanca, se proveyó de dinero, montó á caballo, y con un traje de simple particular, acompañado de un criado, se trasladó al Pardo y se aposentó en la hostería de los Monteros de Espinosa.

Allí se encerró en un cuarto.

Envió á su lacayo á aposentarse en todo lo alto de la hostería, y le previno que no se presentase sino cuando le llamase.

Al oscurecer, un mozo de la hostería le dijo que le buscaba un hombre embozado hasta los ojos.

—Hacedle entrar,—dijo De Armagnac.

—Os advierto,—dijo el mozo,—que ese hombre me huele mal.

—Hacedle entrar, le espero,—replicó De Armagnac.

El mozo se retiró murmurando.

Poco despues un hombre embozado hasta los ojos entraba en el aposento de De Armagnac.

—Hacedme la merced de cerrar la puerta,—dijo el recién llegado;—yo no me atrevo á tomarme esa confianza, ni puedo descubrirme sino cuando esté seguro de que nadie puede entrar.

De Armagnac cerró la puerta.

Entonces se descubrió el embozado.

—Era Pedro Cascajares.

—¿Venís á traerme órdenes?—le preguntó De Armagnac.

—No precisamente, señor De Armagnac,—dijo Cascajares, que sabia bien cómo debia tratar á las gentes;—yo vengo á advertiros.

—¿De qué?

—De que podeis ir al momento al postigo de los jardines de palacio.

—Muy bien,—dijo De Armagnac,—gracias.

—Me atrevo á advertiros que no salgais de la hostería sino algunos minutos despues de haber salido yo.

—Bien.

—Y que procureis que nadie os vea acercaros á los jardines de palacio.

—Muy bien.

—¿Teneis algo que mandarme, señor De Armagnac?

—Nada; gracias.

—En ese caso, con vuestra licencia me retiro.

—Id con Dios.

Cinco minutos exactamente despues de haber salido de la hostería Cascajares, salió de ella el caballero De Armagnac, y un cuarto de hora despues estaba en el postigo de los jardines.

Nadie le habia visto llegar.

El postigo se abrió inmediatamente.

Daban las diez de la noche en el reloj de palacio cuando el caballero De Armagnac entraba por una puerta de servicio en aquel mismo gabinete del palacio que ya conocemos, donde María Luisa habia recibido al conde de la Salmedina.

—De Armagnac,—dijo la reina,—os voy á confiar un gravísimo secreto.

De Armagnac se inclinó.

—Os voy á entregar una niña recién nacida,—prosiguió la reina.

—Vuestra majestad sabe que puede disponer completamente de mí.

—Esa niña, De Armagnac, pasará por hija vuestra.

—Muy bien, señora.

—Por hija vuestra natural.

—Muy bien, señora.

—Vos inventareis la madre.

—Eso no es difícil; pero ya conoce vuestra majestad mis votos, señora.

—Yo os daré un documento que podreis presentar á vuestros superiores en Roma.

—Lo agradeceré mucho á vuestra majestad.

—Ese documento es tambien un medio de reconocimiento para esa niña.

La reina fué á un secreter, le abrió, y sacó de él un pliego cerrado y sellado.

—Tomad,—dijo la reina;—como veis por el sobrescrito, este pliego se dirige á vos; pero no le abrais sino cuando esteis en camino para Roma.

—Muy bien, señora,—dijo De Armagnac, guardando el pliego.

—Esa niña os va á ser entregada al momento; esperad.

La reina dejó solo en el gabinete á De Armagnac,



MOTIN DE ESPAGNE. — (L'Espagne en 1808.)

— (L'Espagne en 1808.)

— (L'Espagne en 1808.)

— (L'Espagne en 1808.)



MOTIN DE ESQUILACHE. - Cuidad de no despertarla.

que permaneció inmóvil, impasible y como indiferente en el lugar que ocupaba.

La reina volvió á poco, trayendo en los brazos una niña, cuyas envolturas eran riquísimas.

—La desgraciada dormía.

—Cuidad de no despertarla, De Armagnac, —dijo Isabel Farnesio; —salid: fuera encontrareis á Cascajares; él os dará las últimas instrucciones.

—A los reales piés de vuestra majestad, —dijo De Armagnac.

Y salió, llevando en los brazos á la niña dormida.

Cascajares esperaba en el corredor inmediato con una linterna encendida.

Al llegar á los jardines Cascajares cerró la linterna.

Llegaron al postigo, y salieron.

—Ahora bien, —dijo Cascajares; —vamos á la ermita del Santo Cristo del Pardo.

—¿Para el bautizo?

—Sí, señor, —contestó Cascajares; —segun me ha dicho su majestad...

—Si, esta es mi hija natural.

—Perfectamente, caballero De Armagnac; esa niña, si os parece, se llamará Isabel Margarita... Luisa de...

—Si, eso es, De Armagnac.

—Perfectamente; en cuanto al nombre de su madre...

—Si, ya sé: un profundo secreto.

—Y bien, entre nosotros, ¿sabeis vos el nombre de la madre?...

—Alguna dama protegida por su majestad,—dijo De Armagnac.

—Yo estoy en el secreto, señor De Armagnac,—dijo Cascajares;—y de tal manera, que sin mis servicios no se podría ocultar ese secreto; cosas de la vida: yo tengo orden de iniciaros; su majestad no ha querido entrar con vos en ese terreno: esa niña es hija de la jóven reina viuda; una historia...

—Me basta con saber que su majestad la reina quiere que yo bautice esta criatura como hija mia, Cascajares, para que no gasteis el tiempo en cuentos inútiles; vamos aprisa.

—Aun tenemos que hablar de cosas necesarias,—dijo Cascajares;—cerca de la ermita hay esperándonos un coche de camino: dentro de él aguarda una hermosísima trastiverina: Giovaneta: hace ocho dias llegó de Roma, de donde por encargo de la reina la ha enviado el cardenal Guglielmo; es morena, tiene los ojos negros y grandes, y una garganta irresistible: es casada, pero su marido, que es un militar, se ha quedado en el Trastevere: ella y esa niña serán vuestras únicas compañeras de viaje; en el cajon del coche hay veinticinco mil ducados en oro: ese dinero pertenece á esa niña; vos lo entregareis al cardenal Guglielmo: nada teneis que gastar en el viaje; un criado del cardenal que ha acompañado á Giovaneta, y que irá en la delantera del coche, está encargado de todos los gastos.

—¿Son esas las instrucciones que teneis que darme, señor Cascajares?

—Sí, las que restan os la dará Giusepe, que es el criado del cardenal que ha acompañado á Giovanneta.

—Muy bien: me parece que distingo allí entre los árboles la ermita.

—En efecto, señor De Armagnac; pero permitidme que me adelante.

Cascajares se adelantó y entró en la ermita.

Poco despues llegó De Armagnac, y se detuvo.

—Entrad, señor,—dijo Cascajares.

Dentro aguardaban un religioso y su ayudante.

La niña habia despertado, y lloraba.

—Llegad, llegad, señor De Armagnac,—dijo Cascajares;—el muy respetable padre Trillo es lo más condescendiente del mundo, tiene la manga ancha y no se extraña de las flaquezas humanas: es un buen caballero, padre Trillo; pero en fin, las pasiones....

—Sí, sí, indudablemente,—dijo el religioso,—el pecado es lamentable, vituperable; pero no hemos de echarnos con todo nuestro peso sobre el pecador; es preferible corregirle por medio de la mansedumbre y el buen consejo; pero concluyamos si os parece, señores; la ermita esta fria, y esa pobre criatura llora.

Cascajares tomó la niña de manos de Godofredo De Armagnac, y se acercó con ella á la pila bautismal.

—Como esto ha de ser secreto,—dijo Cascajares,—y no pueden traerse más personas que las necesarias, yo me veo obligado á tener en la pila á esta señora.

—¿Y qué más da?—dijo De Armagnac.

—Teneis razon,—contestó Cascajares;—porque además de ser yo oficial mayor de las cocinas de su majestad, y de tener la chocolatera del rey, que ya es un cargo envidiable y no comun, soy noble hasta reventar por todos cuatro costados, como lo indica llamárseme á mí de oficio y de todas maneras don Pedro Cascajares.

—Tanto da,—dijo siempre inmóvil, siempre inalterable De Armagnac.

—Vamos, vamos, señores, que hace mucho frio para esa criaturita,—dijo el franciscano.

Se empezó la ceremonia.

Cuando el sacerdote preguntó los nombres de los padres de la niña, De Armagnac contestó:

—El caballero Godofredo De Armagnac, padre natural. En cuanto á la madre, se calla su nombre por aconsejarlo así razones de honra.

—¿Natural ó bastarda?—dijo el franciscano.

Esto queria decir, si era hija de mujer libre la niña, ó de mujer casada.

—Natural,—contestó Cascajares.

—¿Vuestros padres, caballero?

—Monsieur Armando De Armagnac y madama Armagnac.

—¿Naturaleza vuestra?

—Roma.

—¿La de la niña?

—Del Real sitio del Pardo,—dijo Cascajares.

—¿Hora del nacimiento?

—Hoy, á las tres en punto de la tarde.

El celebrante concluyó el acto; luego entró en la sacristia y se extendió la partida de bautismo, de la cual se dió una copia á De Armagnac.

Este sacó un bolsillo repleto de oro y lo dió al franciscano, diciéndole:

—Tomad padre, para las obras pías de vuestro convento, y por lo que pueda servir para la remisión de mi culpa.

—Dios os lo pague, caballero,—contestó el religioso;—El haga feliz á vuestra hija.

—Dios lo quiera,—dijo De Armagnac.

—Dios la haga más feliz que su madre,—dijo Cascajares.

Salieron.

El religioso los acompañó, seguido de su lego, hasta la puerta de la ermita.

Despidiéronse allí, y Cascajares y De Armagnac se alejaron, dando la vuelta al convento y á la hospedería, que estaban unidos á la ermita.

Cascajares tomó por una avenida de árboles deshojados.

Al llegar á un cruzamiento, vieron un pesado coche de camino tirado por seis mulas.

Junto á él habia tres hombres envueltos en capotes, porque la noche era muy fria.

La niña continuaba llorando.

Cuando estuvieron cerca del coche, como si la hubiera atraído el llanto de la niña, se abrió la portezuela del carruaje y saltó de él al suelo una mujer

alta, esbelta, excesivamente gallarda, que vestía el pintoresco traje de las pescadoras romanas del Trastivere.

La noche era, como se dice vulgarmente, entreclara.

La luna, menguante y débil, alumbraba más ó ménos, segun eran más ó ménos densos los celajes que se interponían entre ella y la tierra.

A pesar de esto, De Armagnac vió que se trataba de una rica trastiverina, á juzgar por lo rico del traje, y por otra parte de una mujer muy jóven y muy hermosa.

—Dadme, dadme acá, caballero,—dijo en italiano á De Armagnac, dejando sentir ese dulce y querencioso acento de las mujeres del pueblo de Roma, especialmente de las del Trastevere.—Esa pobrecita tendrá probablemente hambre y frio.

Y tomó la niña de los brazos de De Armagnac.

Este, á pesar de su impassibilidad, se habia conmovido ligeramente á la vista de la romana.

Los grandes ojos de ésta le habian mirado primero con curiosidad, y luego se habian hecho graves.

Giovaneta, que ya sabemos que así se llamaba, saludó cortésmente despues de haber tomado la niña á De Armagnac y á Cascajares, y luego dijo con una graciosa volubilidad:

—Vamos, señores, yo me meto de nuevo en el coche, no por mí, sino por esta criatura; el viento es terrible.

Y se metió en el carruaje.

—Estrozela,—dijo Cascajares á uno de los tres hombres que estaban á un lado, y que eran el mayoral, el zagal y el criado de que Cascajares habia hablado á De Armagnac;—hé aqui tu señor por todo el tiempo que quiera tenerte á su lado. Desde aqui hasta Roma ya sabes lo que tienes que hacer.

—Con mucha honra y muy á gusto mio,—dijo en mal castellano Estrozela.

Entonces Cascajares lanzó un largo silbido.

—¿Y para qué eso?—preguntó De Armagnac, aunque él rara vez preguntaba.

—Para eso,—dijo Cascajares señalando ocho ginetes envueltos en tabardinas y cubiertos por sombreros chambergos, cada cual con una lanza en la mano, que habian salido de improvisó de un costado de la avenida y á caballo, al silbido de Cascajares.

—Capitan Brachioforte,—dijo Cascajares.

Uno de los ginetes avanzó, y á pesar de la inclemencia del viento se quitó el sombrero.

—Aqui teneis,—le dijo á Cascajares,—al caballero De Armagnac, que os tendrá á su lado como mayordomo, y á esos buenos mozos como lacayos, todo el tiempo que guste.

—Por muchos años, excelencia,—dijo Brachioforte, tambien en muy mal castellano.

—Cubrios, cubrios,—dijo De Armagnac,—que no está la noche para cumplimientos. Ahora en marcha.

Y entró en el coche.

La portezuela se cerró.

—Yo me vuelvo desde aquí, Estrozela, Brachioforte; la noche se ha puesto endiablada, y para maldita la cosa de Dios hago yo falta. Hay tienes esa órden, Estrozela, con ella os franquearán la portillera de los Tres Cantos. Ea, adios; buena suerte, buen viaje y hasta la vista si Dios quiere.

—Hasta la vista,—dijeron Estrozela y Brachioforte.

Cascajares se envolvió en su capa y partió casi á la carrera, para librarse cuanto antes del frio.

El coche y su escolta se pusieron en marcha.

En el interior del coche la oscuridad era densa.

De Armagnac sentia junto á sí á Giovaneta.

Esta se ocupaba de la niña, que continuaba llorando.

Cuando la hubo calmado Giovaneta, dijo:

—¿Sois vos el padre de esta criatura?

—Sí,—contestó De Armagnac.

Pasaron algunos instantes de silencio.

—¡Ah! ¿sois vos así?—dijo con acento ligero Giovaneta.

—¿Qué entendéis vos por así?—contestó cortésmente De Armagnac.

—Taciturno,—respondió Giovaneta:—pues mirad, eso no me gustaria; yo soy como los pájaros, cuando no estoy triste canto, y á pesar de todo, yo procuro no estar nunca triste.

—¡Bah!—dijo De Armagnac;—¿por qué habeis de estar triste vos? Jóven, hermosa, rica y feliz.

—Jóven, bueno,—dijo Giovaneta;—aún no he

cumplido diez y ocho años. Hermosa, vos lo decís, muchas gracias; rica, mi boca, es medida para mis caprichos; pero feliz, ¡bah, yo no soy feliz!

De Armagnac calló.

—¿Creeis vos,—dijo Giovaneta,—que en la juventud hay otra felicidad que el amor?

—No he amado nunca,—dijo brevemente De Armagnac.

—¿No habeis amado, y esta niña que yo estrecho contra mi pecho es vuestra hija?

—Se pueden tener hijos sin amor,—dijo con viveza De Armagnac, como queriendo corregir su descuido.

—Es verdad,—dijo tristemente Giovaneta;—se pueden tener hijos sin amor.

De Armagnac no contestó.

—Suponed que una es una pobre hija de un desventurado pescador; que una góndola que pasa de noche por el Tiber choca con otra góndola y zozobra; que un pescador que está preparando sus redes se tira al agua y salva á uno de los náufragos. Vamos, á mi se me ha dicho que voy á vivir mucho tiempo á vuestro lado, y quiero que sepais quién soy yo; no me gustan las mentiras ni la hipocresía, y luego que yo no tengo la culpa.

De Armagnac callaba.

Pero á cada momento se le iba haciendo más grave Giovaneta.

Se exhalaba de ella un perfume *sui generis*, que á despecho suyo le impresionaba de una manera para él desconocida.

—Pues bien,—dijo Giovaneta:—vos sois romano, se os conoce en el acento.

—Sí, he nacido en la ciudad Leonina,—dijo De Armagnac.

—¿Por qué no decis en el Trastevere, señor mio?

—Tanto da,—dijo De Armagnac, que se iba humanizando y haciéndose más comunicativo bajo la influencia de la poderosa magia que se desprendía de Giovaneta.

—Pues bien,—dijo esta;—ya sabéis, ser monseñor en Roma es lo que hay que ser en el mundo.

—Pero permitidme, hija mia,—dijo De Armagnac,—yo no os exijo que me conteis vuestra historia.

—No; pero ya os he dicho que yo no soy ni embustera, ni hipócrita; y además, yo no tengo la culpa; ahora, si os enojo, me callaré.

—¿Enojarme, hija mia!—exclamó De Armagnac, que como sabemos era muy galante y muy cortés;—podeis continuar: sólo he querido deciros que yo no os exigía una confesion general.

—¡Oh! ¿quién habla de exigencias?—dijo Giovaneta suspirando.—No, yo no he pensado en eso. Es que me habeis inspirado confianza, y que no quiero hacer con vos un papel de comedia.

—Seguid, pues, hija mia.

—¿Hija mia! ¿Pues cuántos años teneis?

—Veinte.

—¿Y creéis que un jóven de veinte años puede llamar sin exageracion su hija á una jóven de diez y ocho?

—Es verdad,—dijo De Armagnac, á cada momento más comunicativo.—Os llamaré en adelante amiga.

—Eso es otra cosa.

—Pues bien, amiga mia, seguid; os escucho.

—De esto hace poco más de un año. Yo preparaba la cena de mi padre, cuando le oí gritar en la ribera. Salí, y á poco encontré á mi padre que traía sobre los hombros un hombre desmayado. Sabeis; mi padre es viudo, mi madre murió hace cuatro años; ¡pobre madre mia! A mi padre no le quedó más familia que yo.

Traía, pues, mi padre á cuestas, como os he dicho, un hombre; cuando mi padre entró en la cabaña, yo ví que aquel hombre por su traje era un monseñor, colorado lo mismo que un cangrejo.

Cuando mi padre le tendió sobre su lecho, ví que el monseñor tenia ya los cabellos blancos.

Poco despues entraron dos pajes y dos gondoleros, mojados completamente.

La góndola de monseñor habia chocado con un barco de carga, y habia zozobrado.

Sin mi padre, monseñor perece.

Los gondoleros y los pajes habian tenido bastante que hacer con salvarse á si mismos.

Pero vos debeis conocer á monseñor indudablemente; es monseñor Guglielmo, cardenal de Siracusa, adlátere del santo padre.

—¡Oh!—dijo De Armagnac.

—Sí, sí señor; volvió en sí monseñor á muy poca

costa, porque aquello no habia sido más que un chapuzón.

Se habia desmayado de miedo.

En la primera persona de los que le rodeaban en que fijó los ojos cuando los abrió, fué en mí.

—Conozco ya parte de vuestra historia, Giovaneta. El cardenal no permitió se le trasladase, ¿no es esto?

—Exactamente.

—El cardenal fingió una enfermedad que no tenia, por permanecer más tiempo en vuestra casa.

—Eso es.

—El cardenal se hizo cuidar perfectamente por vos.

—Adivináis.

—El cardenal se habia enamorado de vos; no es extraño: las trastiverinas pertenecen á la iglesia, y el cardenal Guglielmo es muy vivo, un buen señor acostumbrado á hacer continuamente su gusto.

Como vemos, De Armagnac se trasformaba.

Entraba en calificaciones, más aun, en murmuraciones.

Tal vez lo hacia esto por la primera vez de su vida.

Pero se desprendia un perfume tal, tan delicioso, de Giovaneta...

—En efecto,—dijo ésta;—el cardenal se enamoró de mí desde el momento en que me vió; pero nada me dijo.

Se redujo á tratarme con la dulzura de un padre.

Estuvo cuatro días en nuestra casa, y no pudiendo prolongar más su enfermedad, se curó y se fué. Tres días después mi padre me dijo:

—He comprado un jardín extenso, magnífico, y una bellísima casa á orillas del Tíber, como á dos tiros de arcabuz del Puente de Sant Angelo, por la parte de abajo.

—¿Y con qué dinero, padre,—le pregunté,—si apenas teníamos ahorrados algunos florines?

—¡Ah! esto es cosa de monseñor, que es un gran príncipe. No sólo ha comprado para nosotros el jardín y la casa, sino que en la casa, en un cofre, hay mil florines de oro, que son tu dote. Es necesario que te cases, Giovaneta. Esta es la voluntad de monseñor, y debemos darle gusto, porque se ha mostrado espléndido con nosotros.

—Es que yo no tengo prometido,—contesté á mi padre.

—¡Bah!—dijo él;—con mil florines de dote y tan hermosa, los maridos sobran. Ya tendremos dónde escoger.

En efecto; yo no sé cómo fué aquello; pero á los quince días, Giuseppe Lazaroti, un alferez de los suizos del papa, un hombre en extremo feo y grosero, era mi marido. Yo me vi obligada á obedecer. El cardenal nos casó en Santa María del Pópulo por sí mismo.

Luego tuvo la dignacion de asistir á la boda.

Yo no conocía á Giuseppe Lazaroti más que desde tres días antes de la boda.

Quando se estaba á la mitad de esta, llamaron á mi marido de parte de su capitan.

Se le necesitaba en el momento para sacar escoltados de Roma unos presos de consideracion.

Debia tardar en volver, porque debia conducir aquellos presos á la fortaleza de Civitta-Vecchia.

Giuseppe no tenia otro recurso que obedecer, y se fué al parecer de muy mal humor.

La fiesta de bodas no se interrumpió por esto; en una palabra, señor mio, yo vine á ser la querida de monseñor.

Giuseppe volvió, y estuvo en casa algun tiempo como un huésped.

Nada habia de comun entre él y yo.

Esto no obstante, Giuseppe parecia tranquilo y contento.

Monseñor, entre tanto, llegaba todas las noches en una góndola, y por medio de una escala entraba en mi aposento por una ventana que daba sobre el rio.

Como veis, yo habia sido vendida.

¿Y qué me importaba?

Yo no habia amado.

Yo no amaba.

Monseñor era para mi muy galante.

Giuseppe muy buen hombre.

Apenas paraba en casa más que para comer.

Le habian hecho capitan, y estaba contento.

Pero seis meses despues de haberse casado conmigo, le mataron una noche cuando salia de la taberna de los Tres Reyes Magos.

¿Quién le mató?

Aun no se ha descubierto.

Yo quedé viuda y en cinta.

Me vestí de luto, y esto fué todo.

Me he quitado el luto para venir á España.

—¿Y vuestro hijo?—preguntó De Armagnac.

—Se cria en la campiña bajo el cuidado de Monseñor, que continúa favoreciéndonos.

Nosotros, con esta niña que tengo en los brazos, viviremos en mi casa, á la orilla del rio: vos pasareis por un huésped, y ocupareis todó el piso superior.

—¿Es decir, que se ha determinado que yo permanezca en Roma?—dijo De Armagnac.

—¿Cómo! ¿No lo sabéis?

—No; esta mañana no sabía nada.

—¿Que no sabiais nada!—exclamó con acento de queja Giovaneta;—vamos, no merecéis la confianza que yo he hecho de vos: yo he debido ser reservada como vos.

—Yo no os reservo nada.

—¿Nada? ¿Estais seguro de ello?

—Nada.

—¿Os atreveréis á asegurar que no habeis dicho la verdad cuando habeis afirmado que esta desgraciada criatura es hija vuestra?

—¿Qué pruebas teneis en contrario?

—¿Sabéis lo que es el amor de un viejo, amigo mio?—dijo Giovaneta.

—Un amor voluntarioso.

—Una adoracion: los viejos conocen mucho mejor que los jóvenes el valor de la vida, porque han gastado mucha y les queda poca.

Un viejo enamorado no tiene secretos para la mujer que le enamora, para su ídolo, á no ser que la mujer sea una imbecil.

Un dia, digo mal, una noche, porque yo no veo más que de noche á monseñor, éste me dijo:

»—Giovaneta, es necesario que te separes de tu hijo.

»—¡Cómo!—exclamé irritada,—¿Me lo quereis robar?

»—No por cierto: ¿qué habia yo de hacer con Giuseppe Lazaroti, hijo de otro Giussépe Lazaroti?—me dijo monseñor;—pero es necesario que hagas un largo viaje, y no puedes llevar á tu hijo.

»—¿Y para qué necesito yo hacer ese viaje?—exclamé más irritada aún.

»—Compromisos imprescindibles, Giovaneta.

»—¿Compromisos?—exclamé más alarmada aún;—¿y en qué clase de compromiso podeis veros vos envuelto por mí?

»—¡Ah! Se trata de lactar un hijo ó hija de una gran persona.

»—¿Y me destinais á nodriza?

»—Indudablemente.

»—Yo no quiero.

»—Cuando vos sepais de lo que se trata...

»—Sepámoslo.

Ya he os dicho que los viejos adoran á sus queri-

das, y el hombre no tiene secreto alguno para la mujer que adora.

El cardenal me reveló un secreto que vos conocéis sin duda.

—Os aseguro que no.

—¿Sabeis, señor mio, que á mí no me gusta hablar en balde?

—Pero reparad, señora,—dijo el caballero De Armagnac,—que yo no os he pedido que habléis.

—Sois demasiado reservado, y esto no me gusta; puesto que vamos á vivir juntos yo no sé cuánto tiempo...

—Yo no soy reservado; únicamente es que yo no puedo decir lo que no sé.

—Y decidme: ¿por qué si vos no conocéis á los padres de esta niña, la habeis reconocido como vuestra hija natural?

—He obedecido,—dijo con impaciencia De Armagnac.

—Ciertamente,—contestó con viveza Giovanneta,—habeis obedecido al cardenal Alberoni y á la reina doña Isabel Farnesio.

—A la reina, sí; al cardenal Alberoni, no; mal puedo obedecer á una persona á quien no conozco.

—Y de la cual, sin embargo, dependéis.

—¡Yo!

—¿Quereis que os cuente vuestra historia?

—¡Ah! ¡Sabeis tambien mi historia!

—Ciertamente, caballero De Armagnac,—dijo Giovanneta,—pues sí; vos teneis un noble apellido,

porque os le han prestado; vos no conoceis vuestros padres ni los conoceréis nunca; vos sois expósito.

Oid; así entretendremos el tiempo, caballero De Armagnac.

Pero voy á empezar por donde debo.

De la manera que me contó esta historia el señor arzobispo *in partibus* de Siracusa, el cardenal Gu-glielmo, mi amante, si vos no os oponéis.

Y está muy viejo el buen señor.

Muy pronto no podrá subir por la escala y entrar por la ventana de mi aposento.

Aquello, es decir, su salud y sus fuerzas se van á ojos vistas.

Me temo que no pase mucho tiempo sin que yo me vea obligada á vestir luto por mi protector.

El lo sabe esto, me lo ha dicho, y ya ha hecho lo necesario para que mi hijo quede rico.

Yo creo que le han dado algo al buen señor.

Ya sabéis, esto es notorio, que la mayor parte de los cardenales no mueren de su muerte natural.

Lo sentiré, porque aunque no le amo, le es-timo.

Es un viejo muy apreciable y de muy buen humor.

Pero vamos al caso.

Yo me empeñé en saber por qué se me pedía que fuese á España á encargarme de una criatura que yo debía criar.

Indudablemente los padres de esta criatura de-bían ser mucha cosa, cuando monseñor se despren-

dia de mí y me enviaba á España para que sirviese de nodriza á aquel niño, con el que debía volver á Roma.

Me obstiné, y tanto hice, que al fin monseñor me dijo:

»—Giovaneta, tú no conoces las casas reales de Europa.

Por consecuencia, tú no sabes que en España reina un rey francés que se llama don Felipe V, que está casado desde hace once años con una reina que que se llama Isabel Farnesio.

Tú no sabes, porque ya que me obligas á ser indiscreto no hay que quedarse á medias, que esta doña Isabel Farnesio, hija del duque de Parma, habia sido, antes de casarse con el rey de España, amante de un grande amigo mio, á quien tú conoces mucho, porque ha venido muchas veces conmigo.

Me refiero al cardenal Alberoni.

Has de saber, Giovaneta, que el rey de España, cuando casó con la pamesana, era viudo de una buena señora que se llamaba Luisa de Saboya, y que murió tísica.

De esta señora no han dicho nada las malas lenguas.

Se cree que fué una buena jóven, porque murió muy jóven, Giovaneta.

De esta buena señora, cuya memoria yo me complazco en honrar, tuvo el rey de España dos hijos, don Luis y don Fernando.

Don Luis, principe de Astúrias, contaba siete

años cuando su padre viudo se casó con Isabel Farnesio.

—Bien, bien,—dijo dulcemente De Armagnac, que habia vuelto á su calma habitual;—me estais contando, Giovaneta, una historia pública, que conoce todo el mundo. Vengamos á lo que nadie sabe, ó á lo que por lo ménos saben muy pocas personas.

—Murióse el rey de Francia,—continuó Giovaneta;—el rey de Francia era...

—Abuelo de Felipe V de Borbon; pasad de las razones que tuvo el rey de España para abdicar; vengamos á lo secreto.

—El rey don Luis,—continuó Giovaneta,—se habia casado, dos años antes de ser rey por la abdicacion de su padre, con una princesa de la casa de Francia, Luisa Isabel María de Orleans, duquesa de Montpensier.

—Veo,—dijo con acento ligero De Armagnac,—que monseñor os ha contado largamente esa historia, y que vos teneis una retintiva admirable.

—Gracias á Dios,—dijo Giovaneta,—tengo la cabeza fuerte, y lo que oigo ó veo una vez, no se me olvida nunca.

Pero continuó.

Los dos esposos, don Luis de Borbon y la duquesa de Montpensier, eran tan jóvenes cuando se desposaron, que no les permitieron unirse, mirando á la salud delicada del jóven esposo, ya que la princesa era casi una niña.

La guardó consigo la reina doña Isabel Farnesio,

y no la entregó á su esposo sino el mismo dia en que por la abdicacion de su padre, fué elevado al trono de España.

Ahora bien; monseñor me ha dicho que el rey y su esposa, aunque los creia unidos todo el mundo, no lo estaban.

Y la prueba de ello, es que la reina, encontrándose en cinta, se amparó de doña Isabel Farnesio; dió motivo con una aparente ligereza de conducta á que el rey la metiese en un convento, y de alli la sacó secretamente la reina doña Isabel Farnesio para llevarla á un palacio, donde de una manera misteriosa dió á luz la niña que yo tengo entre mis brazos, y que despues será desventurada.

—Pues acabais de revelarme un secreto que yo ignoraba,—dijo De Armagnac.

—No, no es posible: vos sois uña y carne del cardenal Alberoni, que no os oculta nada; hay quien sospecha, y de este número es monseñor, que vos sois hijo del cardenal Alberoni.

—¿Hay pruebas?—dijo vivamente conmovido De Armagnac.

—¡Las pruebas! ¡las pruebas! monseñor dice que no las tiene; que no puede pasar de suposiciones; que estas se fundan en el amor con que os trata el cardenal Alberoni, y en que, segun dice monseñor, vos sois tan activo y tan reservado como Alberoni.

—Es preciso que yo hable con monseñor,—dijo De Armagnac.

—Pues tiempo tendreis sobrado de hablar con él

cuando lleguemos á Roma; os advierto que monseñor es comunicativo, y no gusta de la gente taciturna; llevadle el génio, caballero De Armagnac, que esto podrá conveniros, y no perdais el tiempo, porque yo tengo para mí que monseñor se muere muy pronto.

De Armagnac no contestó.

Giovaneta continuó con su graciosa volubilidad.

—Monseñor me dijo que yo volveria pronto acompañada de un jóven caballero, que reconoceria como hijo suyo natural y de una señora desconocida, lo que naciese de la duquesa de Montpensier, reina viuda de España.

»—Y ese jóven caballero,—pregunté yo á monseñor,—¿es verdaderamente el amante de la reina?

»—No,—me dijo monseñor;—es un jóven que está al servicio de la reina Isabel Farnesio como su caballero.

»—¿Y quién es ese jóven?

»—Oye,—me dijo monseñor;—hace veinte años, una noche muy tarde llamaron á la puerta de la casa de la compañía de Jesús en Roma.

Atendió el portero, y sintió llorar una criatura recién nacida.

Vió á través de la rejilla que en la calle no habia nadie.

Esto es que la criatura que lloraba estaba sola y abandonada.

Abrió la puerta, y encontró un niño envuelto en un lienzo muy fino, y completamente desnudo.—

Aquel niño tenía al cuello, pendiente de una cinta de terciopelo rojo, un medallon de oro.

—Monseñor está muy bien informado, Giovaneta,—dijo De Armagnac, en cuyo acento se notaba una conmocion creciente.—Yo conservo al cuello ese medallon, no pendiente de la cinta de terciopelo rojo, que no ha podido durar veinte años, sino de una cadena de oro; y ¡vive Dios! que me estais revelando cosas que yo no sabia.

—Es, pues, una fortuna para vos vuestro encuentro conmigo; me alegro, porque aunque yo no tenga por vos ningun interés grande, como que apenas os conozco, me sois simpático; es más, por la relacion que de vos me ha hecho, tal vez sin intencion, monseñor deseaba conoceros.

Continúo, pues.

El portero os metió en la portería, y fué á dar cuenta del suceso al superior.

Este acudió inmediatamente acompañado de algunos padres.

Reconocido que fué el medallon y abierto, se encontró un papel, en el que se leia esto, ó cosa semejante:

«Se confía á los padres jesuitas de Roma; no está bautizado; se le puede poner el nombre que mejor se quiera; sus padres no piensan reconocerle, y no le reconocerán nunca.»

De Armagnac gimió.

—Verdaderamenté que es muy triste no conocer á sus padres,—dijo conmovida tambien Giovaneta,

estrechando contra su seno á la hija del conde de Pino Rey y de Luisa de Orleans.

Sucedió un momento de silencio.

El carruaje habia salido hacia ya tiempo del monte del Pardo por la portillera de los Tres Cantos, y avanzaba al paso de sus seis mulas por la carretera de Francia.

El mayoral cantaba.

Se oia el monótono son de las campanillas y el ruido de las pisadas de las mulas y de los caballos de los hombres de la escolta.

Giovaneta volvió á tomar la palabra.

—¡Qué habian de hacer los padres jesuitas!—dijo.—Aquella criatura, vos, les habia sido confiada, y os adoptaron.

Cuando os bautizaron, uno de los religiosos, un caballero francés, un De Armagnac, á quien las desgracias, y los dolores, y los desengaños habian llevado á la Compañía de Jesús, dijo:

»—Nuestra casa ha adoptado á este niño, y yo suplicaria se me permitiese favorecerle con una segunda y más determinante adopcion: yo quisiera dejarle mi apellido.

Se concedió esta gracia á aquel buen religioso, y al bautizaros se os puso por nombre Godofredo Jesús Maria De Armagnac.

Este reconocimiento se ratificó de una manera solemne, y vos, hijo adoptivo de un religioso de la Compañía de Jesús, os llamis legitimamente De Armagnac, y habeis heredado por esto un pingüe patri-

monio, porque la familia de Edmundo De Armagnac, el jesuita, os ha reconocido y adoptado tambien.

—¡Padre mio! —exclamó De Armagnac.

—Dios le haya dado su gloria,—dijo Giovaneta con el acento de la fe ardiente y sencilla de los trasterverinos: segun parece, ese buen señor murió hace dos años.

—Sí,—contestó De Armagnac más y más conmovido.

—Haceis bien en llorarle,—dijo Giovaneta,—y esto os recomienda: sois un buen jóven, caballero De Armagnac.

En fin, vos fuisteis criado por los jesuitas de Roma.

Monseñor ha pertenecido á esa casa.

Monseñor decía que alguna vez que el cardenal Alberoni iba á Roma, os distinguia más que á los otros alumnos de la casa; que cuando cenaba hacia memoria de vos, y que, por último, cuando apenas habiais contado veinticuatro años, os pidió y os empleó en el palacio del rey de España como paje de la reina Isabel Farnesio, de la cual sois ahora caballero.

Esto ha hecho sospechar á monseñor que vos sois hijo del cardenal Alberoni.

—Eso es muy vago,—dijo profundamente De Armagnac;—la proteccion que el cardenal Alberoni me ha concedido, y mi venida á la córte de España, han reconocido otras causas: sin embargo, aún hablaré de esto con monseñor.

—Pues os repito que tiempo sobrado tendreis para ello,—dijo Giovaneta;—ahora pues, quede sentado, y esto lo digo con disgusto, que vos no habeis sido franco conmigo, y que habeis pretendido ocultarme un secreto que yo conocia mejor que vos, ó por lo ménos tan bien como vos: sin contar con que os he hecho una revelacion que vos no esperábais.

—Yo os doy las gracias,—dijo De Armagnac,—y os ofrezco mi amistad.

—¿Sabeis que me parece que estais mucho más comunicativo que cuando entrasteis en el coche? Entonces parecíais una estatua viviente.

—En verdad, en verdad, que he cambiado mucho,—dijo De Armagnac con un acento singular:—no me acuerdo de haber hablado nunca tanto como ahora: ¿quereis que sea completamente franco con vos?

—¿Ay, Dios mio, señor de Armagnac! ¡si yo adoro la franqueza!

—Pues bien; esta comision que se me ha dado me ha perdido.

—¿Que os ha perdido?

—Sí, á no ser que vos me defendais.

—Pues digoos que no os comprendo.

—Yo he pronunciado unos votos irrevocables.

—¡Ah! ¡sois clérigo! ¿cómo, pues, vestís como un seglar, y sobre todo, cómo siendo clérigo, sois caballero de la reina de España?

—No soy clérigo, pero soy jesuita.

—¡Ah!

—Sí, ¿ignorais vos que á la Compañía de Jesús pertenecen seglares?

—No; monseñor me ha hablado mucho de eso, porque monseñor no sabe ocultarme nada.

—Monseñor, revelándoos ciertas cosas, se compromete.

—No por cierto; monseñor sabe bien que yo soy una jóven muy prudente.

—No lo sois mucho cuando me habeis hecho á mí, á quien apenas conocéis, gravísimas revelaciones.

—Me habeis inspirado una gran confianza, y yo no me engaño nunca; además, en ninguna parte podemos hablar con más seguridad que aquí: aquí no puede escucharnos nadie; ¿y qué sé yo? sabemos acaso por qué nos inspira una gran confianza una persona á primera vista?

De Armagnac suspiró.

—¿Sabeis que estais misterioso, amigo mio?—dijo Giovaneta.

—¡Ah! yo no sabia lo que era la naturaleza,—dijo De Armagnac;—yo no sabia lo que era el amor.

—¡Ah!—exclamó sorprendida Giovaneta;—¡el amor!

—Sí, el amor,—repitió tristemente De Armagnac;—yo no sabia que el amor puede contraerse en un sólo momento, y que el amor cambia á las criaturas.

—¡El amor! ¡el amor!—dijo Giovaneta;—yo no creí que acabáramos por hablar de esto.

—Yo obedezco á una fuerza superior á mi voluntad.

—¿Y quereis decirme lo que es el amor, amigo mio? yo no le conozco.

—El amor es esa fuerza incontrastable que impulsa á un hombre hácia una mujer, y una mujer hácia un hombre: es ese *quid divinum* que llena nuestra alma de alegría y de felicidad, y duplica nuestro sér cuando lo sentimos, porque el sér que amamos es para nosotros una parte de nuestro sér: yo no sabia lo que era el amor, y le he reconocido al sentirle.

—¡Pero, señor, si vos estábais impasible antes de conocerme, ese amor que sentís lo sentís por mí!

Y habia algo de sorpresa, de espanto en el acento de la jóven al decir estas palabras.

—Indudablemente por vos,—dijo con voz opaca y ardiente De Armagnac.

—¡Pero esto es una locura!—exclamó rehaciéndose Giovaneta y soltando una carcajada:—¡ni vos ni yo sabemos lo que nos decimos! ¿qué pensaria de esto monseñor, si lo supiese?

—Os he dicho,—exclamó De Armagnac,—que al veros me habiais trasformado, y yo sentiria que esta trasformacion no fuera verdad; oidme pues: yo resisto y no puedo contenerme.

—Pero ¿por qué, por qué?—exclamó con angustia Giovaneta.

—Vos teneis el alma virgen, á pesar de monseñor, Giovaneta,—dijo De Armagnac;—la teneis como yo la tenia antes de veros; ¿y qué es lo que yo siento por vos? ¿es mi espíritu ó mi materia? Vos

sois hermosísima, Giovaneta; vos sois mortalmente carnal.

—¡Ah! no me digais eso, no,—dijo Giovaneta,—no me inquieteis, no me hagais infeliz... yo no pensaba en nada de esto.

—Méenos yo,—dijo De Armagnac de una manera tan resuelta, cuanto antes habia sido reservado y taciturno.

—¿Sabeis que la vida es una cosa bien extraña, señor De Armagnac?—dijo Giovaneta.

—La verdad es,—respondió el caballero,—que no sabemos adónde vamos; pero os recomiendo mucha prudencia, Giovaneta; vos no sabeis á lo que nos exponemos si nuestros amores se descubren.

—¡Pero vos suponeis que nos amamos!

—Estamos en el principio, y como ni vos ni yo retrocederemos, llegaremos á adorarnos.

—Pero explicadme, hacedme el favor.

—¡Atracciones!

—¿Pero qué es lo que os atrae en mí?

—Todo: sois una belleza infinita, Giovaneta.

—¡Oh! Gracias,—exclamó la jóven con un acento en que aparecian el pudor, la alegría, la felicidad, todo á un tiempo.

—Vuestra juventud es poderosa; vuestros ojos tienen el candor de los de una niña, y la elocuencia, la fuerza de una pasión virgen; el moreno de vuestra tez es irresistible; se adivina por él una sangre de fuego; vuestra boca es deliciosa, graciosa, fresca, pura; cuando sonríe hace sentir yo no sé qué delirios;



vuestra cabellera es espléndida, yo no he visto nada semejante á ella; vuestra cabeza tiene una apostura verdaderamente estatuaria.

—¡Pero por Dios!...

—¿No quereis saber lo que siento por vos?

—Sí ciertamente; pero sentiria me engañáseis.

—¡Recelosa como buena romana!

—Y del Trastevere, —dijo Giovaneta. —¿Pero por qué temeis que nuestros amores, si llegamos á tenerlos, se descubran? Monseñor durará muy poco, estoy segura de ello, y lo siento; pero, en fin...

—Yo duraria ménos si se supiera que érais mi amante.

—¡Vuestra amante! ¿Sé yo acaso si seré vuestra amante ó no?

—Oid, Giovaneta: seria en vano que yo quisiera olvidaros; la lucha no serviria para otra cosa que para empeñarme más y más; ¿me olvidaríais vos?

—Dificilmente, —contestó Giovaneta.

—¿Y si no volviérais á verme?

—No sé si eso seria para mí una desgracia.

—Es extraño, —dijo profundamente De Ar-
magnac.

—¿Qué encontráis extraño?

—Un tal pudor en la querida de un cardenal.

—Yo no soy la querida de nadie: se me ha entregado á monseñor, y yo nada he tenido que oponer. ¿Qué me importaba? ¿Qué sabia yo, pobre niña, pobre pescadora? Yo no habia amado, yo no conocia la vida... ¡Ob! ¡Si yo la hubiera conocido!... He sido

[madre por casualidad, y entonces he tenido un amor: mi primer amor ha sido el amor de mi hijo. ¡Ah! ¡ah!... ¡la vida! Pero, en fin, no me pesa; si yo no hubiera conocido á monseñor, no os hubiera conocido á vos.

—Por último, Giovaneta, —dijo De Armagnac,— los dos nos hemos trasformado el uno por el otro; yo tengo más experiencia que vos, á pesar de que tenemos casi la misma edad, y he comprendido la influencia que hemos ejercido el uno sobre el otro; no podemos, aunque queramos, resistir á esa influencia; nos amamos ya: el amor nos ha sorprendido, y no le comprendemos bien; pero dejémonos conducir por él, él nos guiará.

—¡Diablo, diablo!—exclamó la jóven;—pues mirad, no me pesa: por el contrario, me siento feliz; vos sois la causa, y es justo que yo me muestre agradecida, que yo os diga, puesto tan hermosa os parezco, que vos me pareceis más hermoso que el Apolo de Belbedere.

—¡Oh, gracias!—dijo De Armagnac;—¡yo creía saber que vos gustábais de mi; pero es tan grato oírlo de la misma boca de la persona amada!...

—Por la Santa Madonna,—dijo riendo Giovaneta, que hasta entonces habia vivido tranquila, y que por haberse enamorado no encontraba motivo para entristecerse,—que yo debo tener algo de magia: ya he vencido dos jesuitas, uno ostensible y poderoso, monseñor; otro misterioso y oculto, vos.

—A monseñor no le habeis vencido, Giovane-

ta,—dijo De Armagnac;—vos no sois otra cosa que la querida, al entretenimiento, ó mejor dicho el último ó uno de los últimos entretenimientos de monseñor. ¿Qué hay que extrañar en esto, si se trata de un cardenal? Roma pertenece á los cardenales.

—Sin embargo, monseñor no tiene secretos para mí.

—¡Ah, ah! ¿Vos creéis eso, porque monseñor os ha hecho conocer tres secretos, referentes el uno al cardenal Alberoni y á la reina Isabel Farnesio; el otro á la reina viuda de España Luisa de Orleans, y por último, el tercero, referente á mí, y en alguna parte al cardenal Alberoni? ¿Y vos creéis que monseñor no tiene más secretos que los que os ha confiado?

—Si yo quiero,—exclamó, tal vez con un exceso de amor propio, Giovaneta,—conoceré hasta el forro del alma de monseñor.

—Probadlo, y si lo conseguís seremos omnipotentes.

—¡Ah, ah!—exclamó poniéndose seria Giovaneta;—¡omnipotentes! ¿es decir, que mi amor, si yo llevo á amaros, que me parece que sí, os puede ser muy útil?

—Seremos útiles el uno para el otro, Giovaneta: monseñor es una de las eminencias de la orden, mientras que yo puede decirse que soy un neófito: estoy en los primeros grados. ¿Sabeis lo que más me ha enamorado en vos, Giovaneta?

—¿Qué? Decid.

—Que á pesar de que pareceis ligera y alegre, tenéis el alma séria y profunda.

—¡Ah, ah!—dijo Giovaneta;—yo no sé el alma que tengo.

—Yo sí; yo la he visto en vuestros ojos; yo he visto que al verme os habeis conmovido; yo he adivinado; yo he visto que teneis el alma fuerte, y que me amareis hasta la pasion, como os amaré yo, como tal vez os amo ya.

—¡Ah! No me digais eso, que me haceis daño,—exclamó Giovaneta profundamente conmovida;—á cada momento me dominais más y más.

—¡Ah! Yo sé bien,—exclamó De Armagnac,—que vos sereis capaz de todo, hasta del martirio, por no perderme.

—¡Perderos! ¿Y por qué habia de perderos yo?

—Si se vislumbrase que entre nosotros habia otra cosa que una amistad sencilla, yo estaria perdido; se me impondria la pena que se hace sufrir á aquellos que han faltado á votos irrevocables, á los que se han rebelado contra la obediencia absoluta á que se han sometido: yo no me pertenezco; todo lo que soy, so pena de dejarlo de ser, pertenece á una secta oscura, á una secta omnipotente, que tiene ojos y oidos en todas partes, y cuyas manos á todas partes alcanzan. ¡Ah! Si yo no os hubiera adivinado tal cual sois, yo hubiera continuado dentro de mi reserva; es más, no me hubiera enamorado de vos: ¿qué es la materia sin el espíritu? Nada; forma, y no más que forma más ó

ménos bella; una estátua, que en vez de ser de mármol es de carne, que en vez de permanecer inmóvil se mueve, que obedece á necesidades materiales, y que se hace amar por los que sólo son materia; pero cuando unas admirables formas puras, opulentas, magníficas, sensuales, incomparables, como las vuestras, están animadas por un alma como la vuestra, se ha encontrado la grandé hermosura, la inmensa hermosura completa.

—¡Oh, qué exageracion! Vos hareis que yo me envanezca.

—No podeis envaneceros; sois naturalmente sencilla; y oid: no hay grandeza sin sencillez; pobre pescadora del Tiber, tu alma ha dormido hasta ahora envuelta en su inocencia, en su descuido, en su ignorancia. Un dia, el acaso llevó junto á tí un hombre... ¿Qué importaba como este hombre fuese jóven ó viejo, bello ó feo? El era bastante poderoso para deslumbrar á tu padre, para hacerle saltar por encima de todos sus sentimientos; tú fuiste, sin voluntad y sin resistencia, y sin perder otra virginidad que la de la materia, la querida de un gran señor; tú no has sido ni desgraciada ni feliz por esto; tú no conocias la vida, tú no amabas, tu alma dormia aún; como has sido amante de un hombre sin voluntad, has sido madre sin amor; pero has encontrado tu Adan, y tu Adan ha encontrado en tí su Eva. ¿Qué nos importa ni á tí ni á mí, la situacion en que te encuentras respecto á monseñor?

—Monseñor morirá muy pronto,—dijo Giovane-

ta de una manera singular;—él mismo lo conoce; yo le he oído decir muchas veces:—Está visto, yo estorbo á esa gran canalla: yo he sido imprudente.

—Y sus amores le matan, Giovaneta,—dijo De Armagnac;—tú eres acaso la primera y la única pasión que en toda su vida ha sentido monseñor; él ha debido adivinarte como te he adivinado yo; han debido adivinarte también ojos ocultos en la sombra; se ha temido tal vez que monseñor, enloquecido por su pasión hácia tí, cometa imprudencias, y no se ha temido en vano. Monseñor no te ha iniciado en los tenebrosos secretos de la orden; pero te ha descubierto grandes secretos, que pueden llamarse de Estado. Anda por Roma un pomo misterioso é invisible que contiene un veneno desconocido, y que con mucha frecuencia se vierte en la copa de un cardenal ó de un papa: ese pomo suele salir de Roma para meterse acá ó allá en los palacios; inmediatamente una alta persona languidece, se siente acometida de una tisis aguda, de un aneurisma, de una congestión cerebral, y sucumbe. ¿Cuál es la mano que ha vertido el veneno en la copa? ¿dónde está? Se oculta entre tinieblas impenetrables; un poder misterioso ha sentenciado, y una mano invisible ha ejecutado la sentencia.

—Os juro que no seré yo la causa de que esa mano invisible os mate,—dijo Giovaneta.

—¡Ah! tú serás grande por mí, y yo seré grande por tí, en medio de una felicidad infinita. ¡Ah! si monseñor hubiera sido prudente, si monseñor no se

hubiera dejado arrastrar por la pasión, no estaría herido de muerte; nosotros obraremos de distinta manera; nosotros los engañaremos; nosotros opondremos misterio á misterio; yo espero se me den órdenes respecto á tí; tú debes haber sido comprendida; debe contarse contigo; esperemos. Entre tanto, adorémonos, y guardemos nuestra adoración para cuando no haya ojos que nos vean, oídos que nos oigan. Así, nuestro amor será más precioso, más candente; así, nuestra felicidad será infinita, ángel mio... ¡Ah, imbéciles! llega un punto en que el más poderoso se vuelve impotente, porque hay algo más fuerte que todas las fuerzas: la naturaleza, Dios. Salomón se pierde por la reina de Sabas, ó mejor dicho se salva, porque hace traición á los hombres para someterse á la voluntad de Dios; una mujer, la mitad de nuestra alma, es nuestro destino; Salomón debió sentir por la reina de Sabas al verla lo que yo he sentido por tí al verte, Giovaneta: el aniquilamiento de su voluntad; el hombre, grande ó pequeño, sábio ó ignorante, Salomón ó el expósito que por la caridad de un hombre se llama De Armagnac, son siempre una misma cosa. Siempre la naturaleza, el mismo poder incontrastable y absoluto; pero cuando se encuentran un hombre y una mujer exactamente semejantes en cuanto al espíritu, no se pierden el uno por el otro, sino que se duplican, se aman: forman un solo sér fuerte é invencible. No puede venir una pasión extraña á perturbarlos, porque ellos son la única pasión el uno respecto al otro; son fuertes por lo tanto. Giovaneta,

en mí se tiene una ciega confianza: se cree que mi alma no existe para las pasiones, que se puede contar de una manera absoluta con mi obediencia pasiva; no los despertemos. Cuando el mundo pueda vernos, yo seré para ti lo que soy para todos, el hombre sério, taciturno, inmóvil, impasible. Conserva tú tu carácter confiado y alegre, y cuando estemos seguros de que no somos expiados, refundámonos en un solo sér glorioso; apuremós las delicias del amor: sobre todo esperemos. Cuando se ha dejado que nos conozcamos, se cuenta contigo y conmigo, y quién sabe si se ha previsto lo que sucede.

El carruaje se detuvo en aquel momento.

El mayordomo, el encargado, por decirlo así, del carruaje, Giuseppe, abrió la portezuela.

—Estamos delante de una venta, —dijo;—si el caballero De Armagnac y la señora Giovaneta desean parar un momento...

Aquellas palabras eran humildes, serviciales; sin embargo, De Armagnac bajó como si hubiera recibido una orden.

Giovaneta le siguió.

El mayordomo se acercó á De Armagnac, y le dijo rápidamente, dándole un pliego.

—Leed eso sin ser notado.

Giovaneta habia entrado en la venta.

De Armagnac entró tambien, pero se detuvo en el soportal junto á un farol que ardia turbiamente sobre el arca de paja y cebada, y abrió el pliego.

Estaba escrito en cifra, en una cifra de todo pun-

to incomprendible para el que no tuviese la clave, y leyó lo siguiente:

«El cardenal de Siracusa habrá muerto cuando llegueis á Roma: sois jóven, y en la apariencia libre; se os absuelve de vuestro voto de castidad; sed el amante público de Giovaneta la Longareta, iniciadla; obedeced.»

De Armagnac corrió al aposento donde habia entrado Giovaneta.

Esta tenia sobre sus rodillas la pequeña hija de Luisa de Orleans.

La mecia dulcemente.

La jóven aparecía melancólica y grave, de una manera encantadoramente poética.

A través de sus grandes ojos lúcidos, parecia como que se trasparentaba algo inmenso.

—¡Ah, Giovaneta de mi alma!—exclamó De Armagnac;—yo soy el más feliz de los hombres.

—Callad, callad,—dijo Giovaneta;—por aquí puede andar ese ser invisible que lo ve todo y que lo oye todo con su terrible pomo en la mano.

—Yo obedezco amándoos; yo soy libre; yo he sido dispensado de mi voto de castidad: puedo amaros sin temor públicamente; ser vuestro amante, vuestro marido, vuestra alma.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Giovaneta poniéndose pálida.

Esta conversacion pasaba en voz muy baja.

La boca De Armagnac estaba á dos dedos de distancia de la oreja derecha de Giovaneta.

Esta temblaba toda.

—Se me ha mandado que os ame, se me permite no recatar nuestro amor, se me prescribe que os inicie; sois ya uno de nosotros.

—¡Ah, Dios mio!—exclamó Giovaneta, más y más pálida:—yo me voy á volver loca de felicidad; sí, sí, yo os amo: deben haberme dado algo; yo no sé lo que es un enamoramiento, pero debe ser semejante á lo que me sucede... ¡Dios mio! y monseñor, ¿qué va á decir de esto monseñor? y sobre todo, ¿qué va á hacer?

—Los muertos no pueden hacer nada,—dijo sombríamente De Armagnac;—se me avisa que el cardinal de Siracusa habrá muerto cuando lleguemos á Roma.

—¡Ah, pobre monseñor!—exclamó Giovaneta;—pero en fin, yo no tengo la culpa, y si yo soy la causa, no consiste en mi voluntad; yo no le hubiera matado nunca: Dios le perdone.

Tocaron en aquel momento á la puerta.

—Si el caballero desea pasar aquí la noche...—dijo el mayordomo cuando hubo abierto De Armagnac.

—Y bien,—dijo éste;—en buen hora: que nos sirvan de cenar; pasaremos aquí la noche.

—Muy bien, caballero De Armagnac.

El mayordomo salió.

Poco despues se servia á los dos amantes una excelente cena.

Al romper el dia se continuó el viaje.

Capítulo LXIII.

En que se refiere á grandes rasgos la historia de la madre de Margarita hasta sus diez y ocho años, y se presenta una cierta persona que debia influir en su suerte.

Cuando llegaron á Roma, Giovaneta se encontró con que su primer amante, monseñor Guglielmo, cardenal arzobispo de Siracusa, habia muerto hacia ocho dias.

Giovaneta se contristó por una parte y se alegró por otra.

Monseñor habia sido para ella un hombre muy amable; se habia hecho estimar de ella, pero no se habia hecho amar ni lo habia pretendido.

Monseñor sabia que las canas pueden hacerse aceptar cuando el hombre que las lleva está dotado de ciertas cualidades; pero que rara vez, y por excepcion, logran hacerse amar.

Cada período de la vida tiene su privilegio.

El amor pertenece á la juventud.

A las canas el respeto, y cuando más la simpatía.

Giovaneta, como hemos dicho, lloró con un ojo y rió con otro.

Sentía la pérdida del amigo, del protector; pero por otra parte se encontraba libre para amar sin inconveniente y sin reserva al caballero De Armagnac, de quien se había enamorado hasta las entrañas durante el camino, que había sido largo.

Cuando llegaron á Roma, aquel mayordomo que les había acompañado, más que como un servidor como un vigilante, había desaparecido.

Habían variado, á lo que parecía, las circunstancias, y se había autorizado á De Armagnac para amar á Giovaneta por aquel poder misterioso de que dependía.

Estaban, pues, libres entrambos jóvenes.

El viejo pescador cayó enfermo á poco de haber llegado Giovaneta con su huésped.

Esto parecía misterioso.

Todo lo que rodeaba á Giovaneta, ó había caído, ó enfermaba.

Su mismo hijo, el hijo atribuido al Lazaroti, que para que Giovaneta pudiese ir á España se había entregado á una nodriza de la campiña de Roma, no estaba en el mejor estado de salud.

La enfermedad de su padre y la de su hijo entristecían á Giovaneta, que aunque ligera de carácter, era buena en el fondo.

Buscaba el consuelo de los temores que la asaltaban por su padre y por su hijo en el amor De Armagnac, y éste, por su parte, se sentía fuertísimamente impresionado por la hermosísima pescadora que deliraba por él.

Eran aquellos amores una embriaguez mútua, que atemperaba para Giovaneta el temor por la existencia de su padre y de su hijo.

Habia además otra cosa que ocupaba el corazón de Giovaneta, que era muy impresionable.

La pobre hija de Isabel Luisa de Orleans, que era hermosísima, y de la cual más que nodriza era madre.

Nadie se presentaba en la casa del pescador.

Ninguno que pudiera suponerse individuo de una sociedad secreta hablaba con ellos.

El misterioso capitán Brachioforte, aquel sombrero mayordomo de que hemos hablado, aquella especie de jefe que había acompañado en el viaje á los jóvenes en la aparente situación de criado, al separarse de ellos antes de entrar en Roma, había dejado á De Armagnac una fuerte libranza, que De Armagnac había realizado en Roma, casa de unos mercaderes genoveses.

De Armagnac, al poco tiempo de su permanencia en casa de Giovaneta, había sentido una noche llamar á una de las ventanas de su aposento que daban sobre el río, á poca altura de él, sobre la especie de embarcadero que la casa tenía.

Al abrir la ventana De Armagnac, para lo que tuvo que separarse de Giovaneta, apareció un bulto

informe al otro lado de la ventana, que arrojó un papel dentro de la estancia.

Luego aquel bulto se dejó caer en una lancha, que se alejó y se perdió muy pronto bajo la sombra del puente de Sant Angelo.

De Armagnac cerró la ventana, y oyó la lectura que Giovaneta, que habia recogido el papel, le hizo de él.

«Te se ha autorizado, —decia, — para que tengas amores con Giovaneta la Longareta; estos amores terminarán un dia en un matrimonio; cuida, pues, de no comprometer ostensiblemente la reputacion de la que debe ser tu esposa. Tu aspecto delante del mundo, ya lo sabes, debe ser inmejorable, dentro del más escrupuloso decoro y de la más rigida virtud. Tú no debes parecer otra cosa que un huésped en casa de Giovaneta. Haz esperar á tu amor la soledad y el silencio.»

Esta carta no tenia firma.

De Armagnac, que de una parte era hipócrita y estaba acostumbrado á encubrir sus defectos, y que de otra sabia hasta qué punto era poderosa la oscura sociedad que disponia de él sin que él la conociese, no encontró difícil cumplir lo que se le prevenia en aquella carta.

Por consecuencia, el más rígido decoro aparecia en su manera exterior de estar en la casa del pescador.

Se le tenia por huésped, encargado de vigilar por la niña que Giovaneta habia llevado del extranjero.

y que se creia hija de una ilustre persona, de la cual se suponía un alto criado á De Armagnac.

Pasó el tiempo.

Algunos meses despues de la llegada de Giovaneta y De Armagnac, murió el padre de Giovaneta.

En cuanto á su hijo, enlanguidecia más y más, á pesar de los ardientes cuidados de Giovaneta, que con su nodriza le habia llevado á su casa.

Pero repugnaba creer que el mismo crimen que habia hecho caer al cardenal de Sirácusa y al capitán marido de Giovaneta, hubiese acometido tambien al padre y al hijo de esta.

Era viejo, y hacia mucho tiempo no gozaba de buena salud.

El refrescón que se habia dado en una noche cruda para sacar del Tiber á monseñor, habia agravado sus dolencias.

Su muerte parecia, pues, de todo punto natural.

En cuanto al niño, su dolencia habia empezado antes de que Giovaneta le confiase á manos extrañas.

Era una especie de raquitis, esa funesta enfermedad que mata tantos niños.

A más de esto, gran parte de los niños mueren.

De otra manera, si todo el que nace alcanzase un regular periodo de vida hasta llegar á su edad viril por lo ménos, la humanidad no cabria en la tierra.

Y luego, no todo el fruto que produce un árbol madura.

Mucha parte se pierde en flor.

Otra no pequeña parte perece en el desarrollo.

Pero prescindiendo de que en estas desgracias interviniese ó no crimen, lo cierto es que dos meses despues de la muerte del abuelo, sucumbió el nieto.

Giovaneta experimentó un dolor agudísimo.

Estuvo triste, ajena á todo, aun á los amores de De Armagnac, algun tiempo; mucho tiempo más fuertemente impresionada.

Entré tanto, Luisa Isabel De Armagnac, ya sabemos que De Armagnac habia reconocido como suya á la hija de la viuda de Luis I, se desarrollaba de una manera admirable, y era cada dia más hermosa.

La denticion no habia influido sobre ella más que durante breves espacios y de una manera leve.

Giovaneta, á quien no quedaba otra cosa que aquella criatura y De Armagnac, habia consagrado á ellos toda su alma, y aun podia decirse que á pesar del delirante amor, del amor completamente satisfecho que De Armagnac la inspiraba, amaba más á la pobre huérfana; habia trasferido á ella todo el amor que habia sentido por su pobre hijo.

Se creia su madre.

Se cumplió el año del luto por el abuelo.

La misma noche en que este luto terminaba, De Armagnac y Giovaneta estaban juntos muy tarde.

Oyeron llamar á la misma ventana á que habian oido llamar diez y ocho meses antes.

De Armagnac abrió,

Cayó dentro de la habitación un pliego bastante voluminoso.

De Armagnac, al abrir la ventana, había visto otro bulto, que en el momento en que arrojó el pliego dentro de la estancia, se deslizó hasta una lancha que vogó inmediatamente, y se perdió á poco bajo la sombra del puente de Sant Angelo.

Giovaneta había recogido el pliego.

Había visto que en su sobreescrito decia:

«A su excelencia monsieur Godofredo De Armagnac, marqués de Letour, príncipe del Sacro Romano Imperio.»

Giovaneta exhaló un grito.

—¡Oh Dios mio, qué es esto!

Y dió el pliego á De Armagnac.

—Tú me has engañado, tú me has recatado un grave secreto, tú eres un altísimo personaje, tú no puedes casarte con la hija de un oscuro pescador.

—¿Qué soy yo,—contestó De Armagnac, examinando el pliego de lacre, cuyo cierre estaba marcado con un sello misterioso é incomprensible,—qué soy yo más que el hijo desconocido de un cardenal y de una reina, y De Armagnac por la adopción de un jesuita? Yo ignoro de todo punto estos títulos que se me atribuyen en este sobre-escrito. Esto es un nuevo misterio, Giovaneta; esto es que se cuenta para mucho, no sólo conmigo, sino con nosotros dos; esto es para mí completamente una novedad. Veamos.

Y abrió el pliego.

Dentro había algunos papeles.

El primero que Godofredo abrió, era una real carta de sucesion en el marquesado de Letour, otorgada por el rey de Francia Luis XV en favor de monsieur Godofredo De Armagnac, hijo, á lo que en aquella real carta aparecia, de monsieur Armando De Armagnac, marqués de Letour, al cual, no solamente no conocia Godofredo, pero del cual ni aun siquiera habia oido hablar.

Acompañaba una acta de nacimiento, en que Godofredo aparecia como hijo legítimo de los marqueses de Letour, como hijo único, y por consecuencia único heredero.

Otro de los papeles era una nota de las baronías, feudos y dominios que como marqués de Letour debia poseer Godofredo.

Este se encontraba de improviso inmensamente rico.

Acompañaba un rescripto del papa, escrito en latin, lo que para Godofredo no era una dificultad, porque se le habia educado de una manera sábia, por el que el soberano pontífice, en vista de los grandes servicios hechos al catolicismo por el marqués de Letour Armando De Armagnac, concedia á su hijo Godofredo el titulo de príncipe del Sacro Romano Imperio.

Venia además un libramiento contra Génova de reinta mil escudos romanos.

Por último, un papel, cuya letra era completamente semejante á la del que Godofredo habia recibido á su llegada á Roma, y en el que se leia lo siguiente:

«Todo lo que por tí se hace es en beneficio de tu hija natural, reconocida por tí, y que importa mucho ocupe en el mundo una posicion ilustre. Su madre es, entiéndelo bien, Giovaneta Fioreti, hija de Paolo Fioreti, que no por ser pescador dejaba de ser noble. Busca, pues, en Santa María la Blanca el acta de nacimiento de Giovaneta, y en los archivos del consejo municipal del Trastévere, los antiguos papeles de nobleza de la familia Fioreti, que por una sucesion de desgracias vino á dar en pescadora. Añade á esto el acta de defuncion del marido de la señora Giovaneta, y una vez obtenidos todos estos documentos, ponte en camino para Florencia; detente allí, cástate con la señora Giovaneta, y por tu casamiento legitima la hija natural que reconociste en España. Despues de esto, trasládate con tu familia á Francia, á tus dominios de Armagnac; toma posesion de ellos y vete á establecer á Paris, donde tienes una antigua casa solar en la montaña de Santa Genoveva, cerca de la iglesia de San Estéban del Monte, de lo cual te informarán tus administradores, que encontrarás en Armagnac. Conserva la casa propiedad de la señora Giovaneta, en que habitais; deja en ella un conserje, y dentro de tres dias ponte en marcha para Florencia. Te será muy fácil encontrar los papeles que necesitas.»

Esta carta tampoco tenia firma.

El misterio rodeaba á Godofredo.

El no habia conocido á nadie que pudiese ser miembro de aquella poderosa sociedad que de tal ma-

nera disponia de él, más que á su protector, á su padre adoptivo el jesuita De Armagnac.

Este le habia recomendado obedeciese toda órden que se le diese, mediando ciertos signos y señas.

El jesuita De Armagnac habia muerto, y al morir habia reiterado su encargo encarecidamente al jóven.

Hé aquí todo lo que Godofredo sabia.

Pero de tal manera se le habia usado, que habia acabado por contraer una especie de terror respecto aquella sociedad invisible, cuya accion sentia, pero cuyo cuerpo no podia tocar.

Godofredo obedeció, y dos meses despues de haber recibido aquel importantisimo pliego, estaba establecido en Paris en la montaña de Santa Genoveva, cerca de la iglesia San Estéban del Monte, en la calle de Clovis, en una gran casa de un gótico magnifico, cuyo mueblaje era antiguo, pero admirable.

Pasó el tiempo.

Godofredo De Armagnac se habia relacionado con toda la nobleza francesa, y entraba en la córte, donde era atendido por el rey como uno de sus favoritos.

Giovaneta habia obtenido un completo éxito por su hermosura, y este buen acogimiento se habia realizado por lo severo de su virtud, que no excluia una gran amabilidad.

Solicitada por todos los Tenorios de la galante córte de Luis XV, viciada por el libertinaje de la re-

gencia, Giovaneta habia sabido contenerlos á todos y hacerse respetar de ellos sin ofenderlos.

Habia adquirido fama de inconquistable, se habian acostumbrado á su virtud, y al fin vivia en paz sin que nadie la molestase.

Tal muestra habia sabido dar de si misma.

Consistia esto en que Giovaneta estaba locamente enamorada de su marido, y en que su marido lo estaba igualmente de ella.

A pesar de este mútuo amor, no dejaba de haber algunas nubes entre los dos esposos.

Godofredo se ausentaba de tiempo en tiempo, y permanecia no se sabe dónde.

Cuando volvía contaba una historia, ó por mejor decir una novela, á Giovaneta, que no le creia, y que se quejaba de que Godofredo la ocultaba la verdad.

Sobrevenia un ligero disgusto, porque no podia haber un disgusto grave entre dos que se amaban tanto; pero Godofredo guardaba su secreto, y en el fondo de la dulce copa del amor de Giovaneta quedaba un sedimento amargo.

Ella sabia demasiado que Godofredo obedecia á una sociedad secreta.

¿Pero qué sociedad era esta?

¿Cuáles eran sus mandatos?

¿Por qué los ocultaba de tal manera de ella?

¿Por qué no tenia confianza en ella?

Las mujeres, cuando aman, son exageradamente exigentes.

Quieren serlo todo, la primera cosa para el hombre de su amor.

—¡Qué,—decía para sí,—había de venderle yo! ¡Había de comprometerle! ¡El y yo, no somos una misma cosa, una misma alma? ¡Por qué secretos para mí?

Había, pues, nubes, como hemos dicho, entre los dos, un sedimento amargo en la copa del amor de Giovaneta.

Pero estas nubes pasaban, y apenas si sentía Giovaneta el fondo de amargura de la copa de su amor.

Era indudable que Godofredo había dejado de ser un sér sujeto á una obediencia pasiva, inconsciente, para ser uno de los primeros individuos de aquella asociacion secreta y misteriosa.

Giovaneta lo veía, lo sentía.

Godofredo tenía conciencia de lo que hacía.

Había en su aspecto algo imponente, algo dominador, algo que dejaba conocer que él tenía la conciencia perfecta de su fuerza.

Por otra parte, era cada día más estimado en la corte, y sin tomar parte en la política de intriga de los primeros tiempos del reinado de Luis XV, influía en ella.

Se le buscaba y se veía claro que él no quería afiliarse á ninguno de los partidos que rodeaban al jóven monarca y le desmoralizaban.

Luisa Isabel, en tanto, crecía hermosísima, amada como una hija por Godofredo.

Adorada por Giovaneta.

Por consecuencia de esto, y tal vez á causa de esa fuerza misteriosa de la sangre, Luisa Isabel se habia hecho voluntariosa, altiva, decidida, y dotada de una fuerza de voluntad incalculable y de un rebelde espíritu de independenciancia, que se revelaba á la menor contrariedad.

Pero estaba dotada de un gran corazon.

Sus tendencias eran todas nobles y dignas.

Pero se entregaba irreflexivamente á los movimientos de su alma.

Un dia Godofredo recibió una carta en cifra, lo que demostraba que estaba ya iniciado, y profundamente iniciado, puesto que se usaba para entenderse con él, de la escritura secreta é indescifrable para los profanos de la sociedad, y que él comprendia como si hubiera sido una escritura vulgar.

Aquella carta decia:

«Vuestro amor ha educado de una manera funesta á la criatura que se os ha confiado; al apereibirnos de ello, debemos oponer el correctivo posible. Es necesario apartar de vosotros á esa niña, y confiarla á manos severas, que modifiquen, si ya es posible esto, su carácter. Ha habido por nuestra parte indolencia; hemos confiado en vosotros, pero al fin nos hemos apereibido. Poned como interna á Luisa Isabel en la pension del Sagrado Corazon de Jesús.»

Godofredo se sintió fuertemente violentado en su afecto.

Pero le era forzoso obedecer, ó mejor dicho, Go-

Godofredo no tenía ni podía tener ni aun la voluntad de rebelarse.

Era una contrariedad de que él se había hecho merecedor por su debilidad respecto á Luisa Isabel.

Giovaneta no supo que Godofredo había recibido una orden, como no sabía nada acerca de los hechos, que relativos á la sociedad, ejecutaba dentro del más profundo secreto Godofredo.

Se encontró simplemente con que éste la dijo que Luisa Isabel estaba mal educada; que era necesario corregirla, y para ello ponerla al cuidado de gentes indiferentes y severas; que, en fin, era necesario que la niña fuese pensionista interna del Sagrado Corazon de Jesús.

Por la primera vez, Giovaneta se rebeló de una manera enérgica, decidida, contra la voluntad de Godofredo.

Pero aquella rebeldía no tenía fuerza.

Godofredo dominaba completamente á Giovaneta.

Luisa Isabel fué llevada al Sagrado Corazon de Jesús y dejado allí, cuando apenas había cumplido sus ocho años.

Sucedió una cosa extraña, un fenómeno de la altiva dignidad de Luisa Isabel.

Comprendió que la lucha era inútil, y para no ser vencida no luchó.

Se sometió sin quejarse y con la sonrisa en los labios.

Se revelaba en ella en el momento preciso una gran cualidad de disimulación.

Las madres del Corazon de Jesús no tuvieron ocasion de reprender á Luisa Isabel, y la hicieron su favorita.

Pero siempre existia para la niña la contrariedad del órden, siempre invariable, siempre severo del reglamento, por decirlo así, de la pension.

Reglamento inviolable, al cual no se faltaba jamás.

La division del tiempo, la hora fija para cada cosa, los estudios, el traje, la alimentacion, lo monótono y lo enojoso en todo para ella, atendido su carácter; la obediencia forzada, so pena de castigo; la falta de la libertad, la contrariedad continua.

Y Luisa Isabel no faltaba en nada al sistema que se habia propuesto.

Aparecia siempre sumisa, siempre dócil, siempre contenta, siempre sonriente.

Cuando iban á visitarla Godofredo y Giovaneta, se arrojaba en sus brazos, los colmaba de caricias y les decia que estaba muy contenta, que era allí feliz, que las madres la amaban, que la amaban las pensionistas, y que ella las amaba del mismo modo; que se la instruia, que estaba, en fin, completamente á su gusto; y á tal punto llegaba el arte para la ficcion de Luisa Isabel, que engañaba completamente á Godofredo y á Giovaneta; y no solamente á ellos, sino tambien á aquella sociedad cuyos ojos, cuyos oidos estaban en todas partes.

Pasó el tiempo: la niña se hizo adolescente, la adolescente jóven, la jóven mujer.

Luisa Isabel llegó á sus diez y ocho años, y era una cosa admirable, ya se la considerase desde el punto de vista de la hermosura, de la educacion ó del carácter.

Un ángel humanizado, en una palabra.

Una hermosura sorprendente, espléndida, armónica, irresistible, llena de juventud y de vida.

Una mujer, en fin, que no podia ser vista por un hombre sin que causase en él una violenta impresion.

El Corazon de Jesús no era una clausura ni mucho ménos.

Allí entraban libremente en el locutorio todos los dias desde una á tres, en la hora de descanso y de recreo de las pensionistas, sus familias y sus conocimientos.

Además de esto, como allí se educaba á las jóvenes del gran mundo, y era necesario formarlas para la sociedad en que habian de vivir, los banquetes, los soirés, las recepciones eran frecuentes.

Se necesitaba una escuela práctica.

Era necesario que aquellas jóvenes adquiriesen la costumbre y la facilidad de hacer los honores de una casa.

Las mayores, las que estaban próximas á salir de pension, turnaban, hacian los honores de la recepcion, de la soiré, del baile, del espectáculo, del banquete; practicaban, en fin.

Por este sistema de educacion, podia decirse que si ellas no estaban entre el mundo distinguido,

elegante, ligero, galante, aquel mundo iba á rodearlas cada dia.

Eran, pues, frecuentes los amorios y los casamientos, convenidos antes de que una pensionista saliese del Sagrado Corazon de Jesús.

Habia tambien el ejemplo de alguna fuga; pero la pension se lavaba las manos.

Era que las fugadas habian salido de mala indole, lo cual nada tenia que ver con la bondad de la educacion que allí se daba.

Se habria creido deshonorado el Corazon de Jesús si por el temor de que se repitiesen estos casos, que por fortuna no eran frecuentes, hubiese dejado de formar señoritas *comme il faut*.

Todo tiene sus contras, y es muy antiguo aquel adagio que dice:

«Que por el temor de los gorriones no debe dejarse de sembrar el trigo.»

Desde muy niñas, las pensionistas del Corazon de Jesús se acostumbraban al trato de gentes, y salian al fin perfectas, encantadoras, grandes damas en toda la extension de la palabra.

Educada de esta manera, soberanamente hermosa, distinguida hasta lo sublime, espiritual, viva, chispeante, embriagadora, dicho se está que desde el momento de su desarrollo, que se presentó completo á sus catorce años, hasta sus diez y ocho, fueron innumerables los codiciosos de la posesion de aquel tesoro, y Luisa Isabel recibió en la pension la educacion del amor y de la galanteria.

Pero escapando incólume, su corazon y su imaginacion habian permanecido completamente indiferentes á las seducciones y á los esfuerzos de una multitud de aduladores de todo género.

Las monjas estaban orgullosas con la que llamaban la reina de la pension.

Por otra parte, riquísima, de dotes naturales, de encantos de la educacion, noble, nobilísima, heredera de un nombre ilustre y de una inmensa fortuna, no hay que decir que los sitios puestos á aquella fortaleza fueron tenaces, artificiosos, casi irresistibles.

Pero se defendió de tal manera la plaza, que llegó á declarársela inexpugnable.

Se declaró, en fin, que Luisa Isabel no podia enamorarse de nadie, por la sencillísima razon de que estaba enamorada de sí misma hasta la idolatria.

Y no era esto cierto.

Luisa Isabel tenia el alma sedienta de amor.

Todo consistia en que sus aspiraciones eran muy altas, y ninguno de sus adoradores habia llegado ni con mucho á satisfacerlas.

A Luisa Isabel le parecia todo vulgar y lo despreciaba todo, á pesar de que ni por el más leve indicio se revelaba este profundo desprecio.

No se puede explicar hasta qué punto sufría Luisa Isabel con todo aquello, y viéndose obligada á devorar su sufrimiento, á ocultarlo.

El Sagrado Corazon de Jesús no habia dejado de ser para ella una prision, una violencia, una monotonía.

Necesitaba espacio, luz, libertad, dominio.

Tenia además el alma fuertemente impresionable, hecha fatalmente para el amor, y para el amor sin límites, para el amor volcánico.

Luisa Isabel era soñadora, poética, excepcional, sensual, voluptuosa, avara de lo infinito del placer, apasionada ya de un fantasma creado por su imaginación, de un fantasma tal vez imposible de realizar.

Llegó un momento en que, privada Luisa Isabel de la satisfacción de las necesidades de su sér entero, sin encontrar nada que pudiese satisfacerlas, empezó á enlanguidecer, á adolecer de misantropía.

Se operó en ella una trasformación, impalideció, se demacró un tanto, se idealizó, se convirtió en un sér cuyo aspecto tenía mucho de fantástico, mucho sobrenatural.

Su triste sonrisa, profundamente melancólica, poderosamente espiritual, se había hecho irresistible, como su mirada, en armonía con aquella sonrisa, como las inflexiones de sus movimientos lánguidos y encantadores, como su sonrisa y como su mirada.

Hubo un momento en que Luisa Isabel se sintió acometida de una manera simultánea de una multitud de pretendientes rabiosos.

El mismo De Armagnac se asustó de sí propio.

Había sentido el dardo en el corazón, y el dardo emponzoñado.

Se había enamorado de Luisa Isabel, como más tarde se enamoró de Margarita.

Puede decirse que los amores de Godofredo De

Armagnac por Margarita, empezaron en la madre de esta.

Pero Godofredo comprendió lo enorme de las dificultades de todo género que se oponian á aquella pasion que se habia apoderado de su alma, y la ocultó, la devoró, la concentró, y de tal manera, que no se apercibió de ella ni la misma Luisa Isabel que la causaba, siendo así que la mujer posee en general un grande instinto, una especie de intuicion para conocer clarísimamente en el hombre los sentimientos que le inspira, por mucho que el hombre los encubra.

Esto hacia honor á la fuerza de voluntad y al talento para la disimulacion que poseia Godofredo De Armagnac.

Habia comprendido á Luisa Isabel, y sabia demasiado que la más leve indicacion bastaria para crear un horror invencible, una adminadversion formidable contra él en Luisa Isabel, que se creia su hija.

En cuanto á los demás codiciosos, fueron rechazados de una manera brillante.

Hubo desesperaciones, se produjo algun duelo de funestas consecuencias entre celosos que no tenian motivos de tener celos, y aun tuvo lugar algun lamentable suicidio.

Luisa Isabel, sin embargo, permanecia indiferente á estas desgracias, y todo el mundo se afirmó en lo de que Luisa Isabel no amaba ni podia amar, subyugada por la adoracion de sí misma.

Pero muy pronto nuestra jóven debia dar un mundo mentís á esta creencia errónea.

Un dia se presentó á Godofredo De Armagnac un jóven caballero, como de veinticinco años, perfectamente distinguido y notablemente hermoso.

Tenia este jóven algo de singular que no podia explicarse, algo que prevenia tanto en favor suyo como en contra.

Un no sé qué inexplicable.

A veces sus ojos, su sonrisa, el movimiento de su semblante, dejaban percibir algo torvo, siniestro, malévolo, que se escapaba por decirlo así, que aparecia por sí mismo, sin que estuviese en la mano del jóven el evitarlo.

Esto sin embargo, sólo aparecia muy de tiempo en tiempo.

Su expresion habitual era de todo punto simpática y atractiva.

—Sé á lo que venis, señor príncipe de Otranto,—dijo De Armagnac en cuanto le recibió;—como sé que desde hace quince dias estais en Paris, y á pesar de tener para mí una carta de recomendacion del padre Casti, no habeis venido á verme.

—Excusadme, señor marqués,—dijo el príncipe;—pero Paris me cogió en cuanto llegué, y no me ha dejado sino despues de haberme comprometido en un duelo.

—Sí, ya sé que en el hotel de los Campillos habeis tenido un mal encuentro á causa de una mala mujer.

—¿Qué quereis, marqués? ¡son tan tentadoras y tan traviesas estas parisienses! ¡son tan espirituales!

no hay extranjero que llegue á Paris que no sea cogido en sus encantos como la mosca en la tela de la araña.

—De la cual se sale mal, viéndose obligado á romperla,—dijo Godofredo,—y encontrándose muchas veces al romper la tela con algun insecto de mal género que acude al socorro de la araña.

—Pero es repugnante,—dijo el príncipe de Otranto,—que un tal insecto se llame el baron de Brisac y que pretenda descender de Cárlos el Calvo.

—Pues descabelladle, mi querido príncipe, para que se parezca en algo al ilustre progenitor que se atribuye.

—Hé aquí la cuestion: al mismo tiempo que vengo, aunque tarde, á presentaros la carta que para vos me ha dado el padre Casti, por cuya tardanza os repito mis excusas, vengo tambien á suplicaros que, acompañado de otro amigo vuestro, vayais á veros con el señor baron de Brisac, y á notificarle que yo me siento con un apetito formidable de ver si su sangre es de un color diferente de la de los demás.

—Idos esta noche á las diez al Pré-aux-Clercs, cerca de la abadía de Saint-Germain-des-Pres, á la espalda de ella. Id solo, y paseaos un tanto por una hermosa avenida de castaños que allí encontrareis; os aseguro que no tendreis motivo para impacientaros por lo largo de la espera. Si os sigue alguno, dad un rodeo: procurad no ser visto, en una palabra. Aquel sitio á las diez está completamente solitario; pero,

sin embargo, es necesario evitar el ser cogido por los edictos contra el duelo. Mirad que á los polizontes se les da una tentadora gratificacion por cada duelista que cogen, y no estamos en el caso de dar provechos á los polizontes y á los ugières.

—Gracias, señor marqués,—dijo el príncipe,—porque os habeis prestado al servicio que os he pedido, sin entrometeros en averiguar si tengo ó no razon.

—Sé lo que ha sucedido,—dijo De Armagnac;—vos estuvisteis anoche en el callejon sin salida de la calle de Mazarino, en la hostería del honrado Pimpipabot, donde estaba prevenida en el gran salon dorado una cena, á la que debian asistir ciertas damas galantes y ciertos gentiles hombres de pega. La cena fué espléndida; bebisteis un vino que, sobre ser malo, estaba adobado; os tomó además por su cuenta la gran rubia normanda Nini-Noel, y cuando los manteles, sin saber por arte de qué magia, de blancos se convirtieron en verdes y cayeron sobre ellos los naipes, jugásteis, perdisteis vuestro dinero, quisisteis jugar sobre vuestra palabra; se os dijo redondamente que no teniais crédito, porque no se sabia quién érais; lo tomásteis como debíais tomarlo; os sentisteis provocado, dísteis un bofetón á monsieur de Brisac, y no recibisteis otro, porque, cuidadosa de vos, se interpuso la enorme Nini-Noel, que heróica y admirable os sacó en brazos de la hostería y os condujo á su casa, de la que sólo habeis salido para venir á bus-
carme.

—Cualquiera diria que vos habiais estado allí, señor marqués,—dijo el príncipe de Otranto.

—Yo no me prodigo hasta ese punto, diciendo lo cual no envuelvo en mis palabras la más leve censura de vuestra conducta; el amor, el vino, los naipes y las aventuras se han hecho para la juventud. Sin embargo, como á mí me gustan estos relatos de escándalos, y el de anoche fué de los buenos, me voy todas las mañanas al Palacio Real, al café Montpensier, donde hay una alegre sociedad que lo sabe todo, y allí he sabido, cabalmente de boca del mismo baron de Brisac, que por cierto tiene la mejilla izquierda de cuatro dedos de alta, que tenia un lance pendiente con vos, y el motivo del lance; que habia enviado á dos amigos suyos á la hostería donde parais, y que no habiéndoos encontrado en ella, debian volver á buscaros más tarde. Hé aquí cómo yo conozco vuestro negocio. Idos, pues, á almorzar alegremente con la Nini-Noel, si no es ya que quereis almorzar conmigo, y á las diez al Pré-aux-Clercs.

—Me contentaria mucho almorzar con vos,—dijo el príncipe;—pero la Nini-Noel me aguarda, y seria hacerla una mala partida dejarla plantada, cuando tan generosa se ha mostrado conmigo.

—Lo que no habrá impedido que á estas horas haya tomado ya la parte que le haya correspondido de vuestro despojo de anoche; cada cual en su oficio; y podrá suceder que os ame; esto nada tiene de contradictorio, teniendo en cuenta que en Paris todos son negocios, hasta el amor.